Cuadernos de
AMERICA LATINA

Año VI - Nº 4 — enero de 1973 — $ 2,—

LENIN Y LAS ELECCIONES

CUADERNOS DE AMERICA LATINA

Registro de la Prop. Intelectual: Nº 1.116.916

Dirección: **Edgardo H. Greco**

Cangallo 1958 Dto. 16, Capital

NUMEROS PUBLICADOS:

Nº 1 — **COMANDANTE CHE GUEVARA,** por Esteban Morales y Fabián Ríos, con profusión de fotos y un poster.

Nº 2 — **LOS ESTUDIANTES,** Recopilación de trabajos de Carlos Fuentes, Sartre, Garaudy, Dustchke, Sauvageot, Aron, Marcuse, Malraux, Prieto, Davidson, Cornelio Negro y distintos documentos sobre el mayo francés.

Nº 3 — **LA NUEVA IGLESIA EN MEDELLIN.**

Nº 4 — **LENIN Y LAS ELECCIONES.**

Impreso en COGTAL, Rivadavia 767, Bs. As.

INTRODUCCION

Un panorama político confuso es el existente en nuestro país, consecuencia lógica de la falta del instrumento idóneo que eduque y oriente a las masas en una perspectiva de lucha ascendente.

Este instrumento idóneo no puede ser otro que el **partido de los proletarios,** verdadero Partido Comunista **que hoy no existe en nuestro país.**

Consecuencia de este déficit son las posiciones ultraizquierdistas, reformistas y oportunistas que se reflejan en la actividad desplegada en el seno de las masas por algunas organizaciones de izquierda.

El tema que aborda este folleto es el de las elecciones y con esa finalidad se han seleccionado algunos materiales de **Vladimir Ilich Ulianov** (Lenín).

En modo alguno se pretende "tomar" frases sueltas o palabras aisladas de este gran revolucionario para sustentar de esa manera una tesis determinada. Nada mejor entonces que dar a conocer sin censuras previas, en la forma más amplia posible, la mayor cantidad de materiales para que se cuente con elementos suficientes y aplicarlos luego a nuestra realidad concreta.

Las posiciones que surjan, para que no pequen de esquematismo o dogmatismo o utopismo deben basarse fundamentalmente en un análisis de **nuestra realidad.**

El nivel de conciencia adquirido por el proletariado argentino dista mucho de ser el de veinte años atrás, es decir, ha habido un gran avance en ese sentido.

Las contradicciones de clase y los problemas inherentes a ellas, hacen que en los últimos tiempos se haya desembocado en grandiosos levantamientos populares, fruto fundamentalmente de la opresión que la dictadura burguesa ha venido ejerciendo en forma sistemática sobre la espalda de la clase obrera y demás sectores populares: asalariados en general, profesionales, estudiantes, etc. Pero desde un punto de vista marxista, estos levantamientos no se producen por obra de la **agitación, propaganda y organización** desplegadas en el seno de las masas, es decir producto de una educación (del elemento conciente) política sistemática.

Se puede afirmar, sin riesgo a equivocación, que tanto del Cordobazo como cualquier otro levantamiento popular de todos los registrados a lo largo y lo ancho del país, son fenómenos **esencialmente espontáneos,** y por lo tanto no atribuibles a sector alguno de la izquierda. Si bien es justo que reconozcamos que algunos grupos han contribuido con sus publicaciones y sus propuestas, pero no para afirmar que se desplegó un verdadero trabajo científico en el seno de las masas trabajadoras.

Son precisamente esta serie de eclosiones espontáneas violentas las que van dando seguridad y experiencia a sus protagonistas. Seguridad en cuanto a la validez de tales métodos de lucha (tomar y no pedir lo que legítimamente le corresponde), experiencia en cuanto a la búsqueda de cubrir errores que la hacen vulnerable a la represión. Y toda esta experiencia realizada, fácilmente comprensible a nivel económico y muchas veces basado en él (exigencia de mayores salarios, etc.) puede y **debe** ser aprovechado para explicar y elevar la conciencia hacia el plano político, pasar de la exigencia económica al objetivo político, ligar científicamente economía y política.

Ante este embate ascendente surge —una vez más en la historia argentina, esa maniobra— que no es desconocida por la clase obrera— que tantas veces utiliza la burguesía para frenar las luchas: **las elecciones.**

Negar las elecciones por las elecciones mismas sin tener en cuenta la realidad de una determinada coyuntura puede ser miopía política. En nuestro caso debemos analizar a quienes benefician en este evento concreto y tomar en consecuencia una posición.

En el momento político actual de nuestro país es una falacia afirmar que las elecciones son "una concesión arrancada a la dictadura". Afirmar esto es desconocer en lo esencial las luchas de masas que se han desarrollado. Es cerrar los ojos a dicha experiencia. Es creer —ingenuamente que la burguesía hace esto porque el pueblo reclama elecciones. Las masas no persiguen esto así vayan a votar, lo que el pueblo reclama es estabilidad económica, seguridad futura, justicia de verdad.

Las elecciones son, sin lugar a dudas, **una hábil maniobra** de la burguesía tendiente a confundir a la clase obrera y al pueblo todo. Es evidente a todas luces que la clase dominante busca desesperadamente una salida que le permita asegurar sus intereses y para eso nada mejor que aparentar que las FF.AA. se marchan a los cuarteles, cuando en rigor de verdad seguirán siendo la **garantía armada del sistema** al cual representan y el factor real de poder en el país. Esta situación quedará perfectamente camouflada con algún figurón que los reemplace en el poder formal.

Debido a toda la situación imperante en el país se les hace necesario montar la gran farsa en la que participan no solamente todos los burgueses, sino también aquellos, que una vez más hacien-

do gala de un obscurantismo y oportunismo políticos incomparables, se largan a: "la lucha dentro de la legalidad burguesa a los fines de aprovechar a fondo todo resquicio legal".

Estamos en una sociedad **capitalista** y en la lucha por su derrocamiento, aún sin hacer concesiones de principios, hay que aprovechar todas las **formas** de lucha. Pero analizar a quienes se benefician con tal o cual método de lucha indicará claramente el camino a seguir.

Pues hay grupos que al intervenir en la puja **interburguesa** objetivamente consolidan posiciones burguesas aunque honestamente se consideren revolucionarios y lo hagan en "beneficio" de la clase obrera.

La tarea fundamental de la izquierda revolucionaria es la concientización cada vez más masiva del proletariado, el desarrollo de las ideas socialistas, de la formación de agrupaciones que revistan como tales, de difusión del socialismo, de creación de **Células de Partido** en las fábricas profundizando la conciencia, limpiándola del polvo legalista que durante tantos años la burguesía le inyectó. En una palabra la tarea del momento es el desarrollo de la actividad política en el seno de las masas para contribuir **eficazmente** a la formación del **Partido Proletario.** Esa y no otra debe ser la preocupación fundamental.

Las elecciones han servido hoy para confundir al pueblo y las filas de la izquierda no han sido ajenas a esa **confusión.**

Hay quienes plantean las eleccions con delegados **Obreros y Socialistas.** ¿Dónde están esos obreros? El hecho de revistar algún obrero como delegado de algún sector de la clase obrera **es** garantía suficiente para dar la batalla en el parlamento burgués. Aún cuando se cuente con delegados obreros es [illegible]rrecto que participen en las elecciones burg[illegible] Pues los resultados sólo serían dar **apo[illegible]ta maniobra de la clase dominante** y sembrar la confusión. O sea ayudar a conseguir lo que la burguesía busca: **frenar las luchas.** Los representantes auténticamente proletarios deben permanecer en sus lugares de trabajo impulsando las luchas reivindicativas en función de elevar el nivel de conciencia y el nivel de enfrentamiento contra los patrones y el Estado.

También están quienes plantean la no participación en las elecciones por ser las mismas "condicionadas". Hay que decir en rigor de verdad que toda elección en la Argentina actual es "condicionada" y "sucia" para los oprimidos. Toda elección tiene por finalidad el recambio de explotadores, jamás será el acceso al poder de un gobierno obrero, ni siquiera de un gobierno consecuentemente "popular".

No a las elecciones por no haber candidatos obreros, no a las elecciones por ser condicionadas, sí a las elecciones por ser una concesión. Son consignas irreales no extraídas de la realidad.

Se debe decir NO a las elecciones por ser de la burguesía y para la burguesía. NO a las elecciones porque tiene por finalidad preservar una mejor superexplotación. NO a las elecciones porque pretenden ser (son) un dique de contención a las luchas, un engaño, en un país de los explotados que comienza a emerger acaudillado por los obreros. Donde se gestaron los grandes movimientos que sacudieron las estructuras de este sistema caduco. Que hacen temblar a la burguesía y que ahora más que nunca busca **asimilar** a su "tradicional estilo de vida" —con todo los medios con que cuenta— a esas masas trabajadoras buscando romper el camino que estas ya han comenzado a recorrer.

La perspectiva de las elecciones debería aprovecharse sino existiera la grandiosa experiencia de masas con que se cuenta, si fuera una reivindicación sentida por el pueblo trabajador, cosa que NO ocurre.

¿Significa todo esto que las elecciones no se van a producir? Es indudable que aunque participen únicamente los componentes de la burguesía las elecciones se van a dar.

Pero lo que interesa es la actitud que las masas tomen con respecto a las mismas y cual es el mejor aporte que consecuentemente puede realizarse por parte de quienes están organizados para elevar su nivel a su esclarecimiento y conciencia para contribuir a su organización.

El proceso revolucionario no parará, si se puede frenar y las posturas equivocadas pueden contribuir a ello grandemente.

La actual coyuntura debe aprovecharse al máximo para profundizar los objetivos enumerados. Ligando y transmitiendo dialécticamente la rica experiencia de masas vivida con el factor consciente y organizado.

Las bases para desarrollar una política **independiente** de y para la clase obrera están dadas.

No se niega en modo alguno la lucha por la libertad de los presos revolucionarios, por más y mejores condiciones de vida, pero teniendo en claro **permanentemente** el desarrollo de las ideas clasistas, libre de las ingerencias burguesas a través de los canales y métodos quo posee a su disposición (jerarcas y burócratas sindicales, políticos de partidos burgueses, prensa, etc.). Dar una batalla sin concesiones para impedir que se convaliden en las filas del proletariado posiciones de la burguesía, por más preñadas de buenas intenciones que estén.

Explicar en forma consecuente el rol de las elecciones, constantemente, en lenguaje llano y simple. Es necesario desplegar un trabajo con método y criterio científico principalmente en los centros fabriles. Destacar a partir de ejemplos como el de Trelew como queda demostrado **sin lugar a dudas** la verdad categórica de que la burguesía está dispuesta a reprimir a sangre y fuego cualquier levantamiento en contra del sistema. Es decir "juego limpio" para quienes se presten, represión abierta y descarada para los auténticos revolucionarios y todo aquél que pretenda vulnerar los simientos y valores del sistema. En síntesis: la tarea es ardua y **urge.** Hay que afrontarla sin vacilaciones.

Debe destacarse por último que los materiales que siguen a continuación pertenecen a la etapa inmediata a la toma del poder por las masas conducidos por los bolcheviques en Rusia. Es de tener en cuenta que cuando los revolucionarios de aquél país planteaban la participación en el Parlamento burgués lo hacían sobre la base de la perspectiva de una realidad determinada muy distinta a la existente en nuestro país. Concretamente: **Las masas no habían vivido la experiencia de las elecciones, era una reivindicación sentida por ellas.** Por otra parte nunca rebajaron ni oscurecieron el marxismo, tomando posiciones oportunistas, que de nada sirven en el trabajo de orientación de las masas, sí para colocarse a la cola de las mismas.

El problema de las elecciones debe ser tomado como algo harto importante, pues de la posición que se mantenga ante las mismas depende en gran medida la perspectiva revolucionaria en nuestro país. Si se es consecuente, si se trabaja incansablemente, aportando, **incidiendo positivamente en la realidad,** tratando de orientar y organizar, evidentemente que las perspectivas de las elecciones son inciertas, inciertas por la actitud **de las masas hacia las mismas,** y ésto hará que el proceso se acelere grandemente.

GOLPE DE ESTADO

Existe a nivel mundial (y desde hace tiempo) una vasta experiencia acerca de lo que estos significan.

En el caso concreto de nuestro país siempre significaron o trajeron como consecuencia una mayor carga de la crisis del sistema capitalista sobre la espalda de los explotados.

Un revolucionario no puede nunca avalar un golpe de estado sencillamente por que no lucha para que al frente del gobierno esté el sector "más blando de la burguesía" sino que lo que pretende es que sea la clase obrera quien tenga el poder en sus manos, debiendo para esto **derrotar** a la burguesía.

Si en estos momentos se desatara un golpe de Estado y contara con el apoyo de las masas indicaría ni más ni menos el grado de **inmadurez** de las mismas, el bajo nivel de conciencia socialista existente (y por ende el mal trabajo realizado). Y si existe esta posibilidad es aquí donde el sector consciente debe efectuar en forma sistemática un trabajo tendiente a explicar el significado del mismo.

En caso de ocurrir no debe tomar a nadie desprevenido, aislado o en especulaciones de gabinete cuando las masas están en la calle. Por el contrario estar junto a las masas, no para actuar en forma oportunista supeditando el accionar a algún elemento burgués, sino con absoluta **independencia** llevando la luz y en defensa de los verdaderos intereses históricos de la mismas. Es decir trabajar por la perspectiva independiente de la clase obrera.

Otra variante sería el golpe de ultra derecha, que traería como consecuencia una dictadura más reaccionaria aún, que la actual. Desde ya debe ser combatido y los revolucionarios deben prepararse para tal eventualidad.

En síntesis se debe luchar contra todo golpe ya sea "peruano" o "brasileño", junto a la clase obrera y el pueblo hacia la liberación definitiva: el socialismo.

PABLO L. TABOADA

SOBRE EL ESTADO

(Conferencia pronunciada por Lenín en la Universidad Sverdlov, el 11 de junio de 1919.)

Camaradas: el tema de nuestra charla de hoy, de acuerdo con el plan de estudios trazado por ustedes, que me han dado a conocer, es el Estado. Ignoro hasta que punto estarán ya familiarizados con este tema. Sino me equivoco los cursos acaban de iniciarse, y por primera vez tienen que abordar sistemáticamente este problema. Si es así, podría muy bien ocurrir que en mi primera conferencia sobre un tema tan difícil no consiguiera yo hacer mi exposición suficientemente clara y comprensible para muchos de mis oyentes. En este caso, ello no debe preocuparles, ya que el problema del Estado es uno de los más complicados y difíciles, tal vez aquel en el que más confusión sembraron los eruditos, escritores y filósofos burgueses. No puede esperarse, por lo tanto, que un tema así pueda esclarecerse en una breve charla, de una sola vez. Después de esta primera charla sobre el tema deberán tomar nota de los pasajes que no hayan entendido y volver sobre ellos por segunda, tercera o cuarta vez, a fin de que más tarde se pueda completar, ya aclarar, lo que ha quedado sin entender, tanto por medio de lecturas como en futuras charlas y conferencias. Confío en que podremos volver a reunirnos y que, cuando lo hagamos, podremos intercambiar opiniones acerca de todos los puntos complementarios y ver qué es lo que ha quedado más oscuro. Y confío también en que, para completar las charlas y las lecciones, dedicarán algún tiempo a leer, por lo menos, algunas de las obras más importantes de Marx y Engels. No me cabe ninguna duda de que estas obras, las más importantes, se encontrarán en las listas de libros recomendados y en los manuales que la biblioteca de ustedes pone a disposición de los estudiantes de la escuela de administración y del partido; y aunque, una vez más, algunos de ustedes se sientan, al principio, asustados ante la dificultad de la exposición, debo prevenirles otra vez que ello no tiene porque preocuparles, ya que lo que aparece oscuro a la primera lectura se aclarará cuando vuelvan a leer el texto, o cuando más adelante aborden el problema desde otro ángulo un poco distinto. Porque, repito, el asunto es tan complejo y ha sido tan embrollado por los sabios y escritores burgueses, que quien desee estudiar este problema seriamente y llegar a dominarlo por cuenta propia necesita abordarlo varias veces, volver sobre él una y otra vez, enfocarlo desde varios ángulos, para poder llegar a una comprension clara y definida. Y volver sobre este problema será tanto más fácil, cuanto que se trata de un problema básico, fundamental, de toda política, y porque, no sólo en tiempos tan turbulentos y revolucionarios como los que vivimos, sino incluso en los más pacíficos; en cualquier periódico, a propósito de cualquier asunto económico o político, les saldrá al paso el problema de qué es el Estado, cuál su naturaleza y significación; y que actitud mantiene ante el Estado nuestro partido, el partido que lucha por derrocar el capitalismo, el Partido Comunista. Y lo más importante es que, como resultado de las lecturas que realicen, como resultado de las charlas y conferencias que escuchen sobre el Estado, adquieran la capacidad necesaria para situarse ante este problema por sí mismo, ya que tendrán que enfrentarse con él en las más diferentes ocasiones, en relación con las cuestiones más triviales, en los momentos más inesperados, y en disputas y discusiones con los adversarios. Y sólo si saben encontrar, por si mismos el camino justo en este problema podrán considerarse lo bastante fuertes en sus convicciones y capaces para defenderlas con éxito contra cualquiera y en cualquier momento.

Hechas estas breves consideraciones, paso a tratar el problema en sí: qué es el Estado, cómo surgió y cuál debe ser en lo fundamental, la actitud que adopte ante el Estado el Partido Comunista, partido de la clase obrera, que lucha por el total derrocamiento del capitalismo.

Ya he dicho que difícilmente se encontrará otro problema en que, como en el del Estado, se haya sembrado, de modo deliberado o no, tanta confusión por los representantes de la ciencia, la filosofía, la jurisprudencia, la economía política y el periodismo burgueses. Todavía este problema se confunde con suma frecuencia con problemas de orden religioso; no sólo los representantes de doctrinas religiosas (pues de ellos es perfectamente natural esperar esto), sino incluso personas que se consideran libres de prejuicios religiosos confunden muy a menudo la cuestión especifica del Estado con problemas religiosos y tratan de construir una doctrina —no pocas veces muy compleja, apoyándose en una concepción y una argumentación de orden ideológico y filosófico— según la cual el Estado es algo divino, sobrenatural, cierta fuerza en virtud de la cual ha vivido la humanidad, y que confiere o puede conferir a los hombres algo que no tiene nada de humano, sino que les viene de afuera; es decir, una fuerza de origen divino. Y hay que decir que esta doctrina se halla tan directamente vinculada a los intereses de las clases explotadoras —de los terratenientes y los capitalistas—, sirve tan bien a sus intereses, penetró tan a fondo todas las costumbres, las concepciones, la ciencia de los señores representantes de la burguesía, que se encontrarán ustedes con vestigios de ella a cada paso, incluso en las opiniones acerca del Estado mantenidas por los mencheviques y eseristas, quienes rechazan indignados la idea de que se hallen bajo la dependencia de prejuicios religiosos, convencidos de que son capaces de considerar el Estado con perfecta lucidez. Este problema se ha visto complicado y embrollado porque afecta más que cualquier otro (exceptuando sólo lo que se refiere a los fundamentos de la ciencia económica), a los intereses de las clases dominantes. La teoría del Estado sirve para justificar los privilegios sociales, para justificar la existencia de la explotación, para justificar la existencia del capitalismo, razón por la cual sería el mayor de los errores esperar que se pueda ser imparcial en esta cuestión, abordar el problema como si los que pretenden ser hombres de ciencia objetivos expusieran una concepción puramente científica del problema. Cuando se hallan familiarizados con el asunto y penetrado en el fondo de él, descubrirán en el problema del Estado, en la doctrina del Estado, en la teoría del Estado, la lucha de las diferentes clases entre sí, lucha que se refleja o expresa en el conflicto entre las concepciones diversas acerca del Estado, en la apreciación de su papel y su significación.

Para abordar este problema del modo más científico posible, hay que echar, por lo menos, un rápido vistazo retrospectivo a la historia del nacimiento y la evolución del Estado. Lo más seguro, cuando se trata de problemas relacionados con la ciencia social, algo muy necesario si realmente queremos habituarnos a abordar el problema en forma correcta, sin perdernos en un cúmulo de detalles o en medio de la inmensa variedad de opiniones encontradas; lo más importante, digo, para abordar el problema científicamente es no olvidar el encadenamiento histórico fundamental, enfocar todas las cuestiones desde el punto de vista de cómo el fenómeno de que se trata surgió históricamente y cuáles son las fases por las que pasó en su desarrollo, examinando cómo ha ido desarrollándose en su trayectoria histórica para llegar a convertirse en lo que hoy es.

Confío en que, en relación con el problema del Estado estudien la obra de Engels titulada: "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado". Se trata de una de las obras fundamentales del socialismo moderno, cada una de cuyas frases puede aceptarse con plena confianza, en la seguridad de que no ha sido escrita al azar, sino que se basa en una abundante documentación histórica y política. Sin duda, esta obra no es de acceso y comprensión igualmente fáciles en todas partes; algunas de ellas presuponen ya en el lector ciertos conocimientos de historia y economía. Pero vuelvo a decirles que no deben preocuparse si cuando lean esta obra no la comprenden inmediatamente. Muy pocos conseguirán eso. Pero releyéndola más tarde, una vez que se hayan interesado por el problema, lograrán captarla en su mayor parte, sino en su totalidad. Y si cito este libro de Engels es porque en él se aborda acertadamente el problema, en el sentido a que me refería. Esta obra comienza por un esbozo histórico de los orígenes del Estado.

Para tratar debidamente el problema, lo mismo que cualquier otro, por ejemplo el de los orígenes del capitalismo o de la explotación del hombre por el hombre, o el problema del socialismo, de su origen y de las condiciones que lo engendraron; para abordar cualquier problema de este tipo con confianza y firmeza es preciso echar una ojeada de conjunto a la evolución histórica. Y en relación con esto hay que tener presente, ante todo, que el estado no ha existido siempre. Hubo un tiempo en que no existía Estado. Este surge en el lugar y momento en que se manifiesta la división de la sociedad en clases, en que aparecen los explotadores y los explotados.

Antes de que naciera la primera forma de explotación del hombre por el hombre, la primera forma de la división de la sociedad en clases —esclavistas y esclavos—, existía la familia patriarcal o, como a veces se la llama, la familia del clan (clan: generación, linaje, régimen en el que los hombres vivían agrupados por linajes o generaciones). De aquellos tiempos ancestrales quedaron huellas muy marcadas en muchos pueblos primitivos, y si se consulta en cualquier obra sobre la cultura primitiva, se encontrarán en ella descripciones, indicaciones y reminiscencias más o menos precisas del hecho de que hubo un tiempo más o menos similar a un comunismo primitivo, en el que no existía la división de la sociedad en esclavistas y esclavos. Entonces no existía el Estado, no existía ningún aparato especial para el empleo sistemático de la fuerza y el sojuzgamiento del pueblo por medio de la violencia. Este aparato es lo que se llama Estado.

En la sociedad primitiva, cuando todavía los hombres vivían en pequeñas tribus y se hallaban en las primeras etapas de su desarrollo, en condiciones muy cercanas al salvajismo —época separada por varios millares de años de la moderna sociedad humana civilizada—, no se observan indicios de la existencia del Estado. En aquel tiempo eran los ancianos de la tribu quienes personificaban el predominio de la costumbre, la autoridad, el respeto, el poder; a veces este poder era otorgado a la mujer —cuya posición no presentaba todavía los rasgos de opresión y carencia de derechos característicos de nuestros días—, pero aún no encontramos en parte alguna una categoría social especial de individuos que se dediquen a gobernar a los otros y que, en aras y con el fin de ejercer el gobierno, dispongan sistemática y permanentemente de cierto aparato de coerción, de un aparato de violencia, tal como el que representan en los tiempos modernos, según se puede obser-

var, los destacamentos armados, las cárceles y demás recursos por medio de los cuales se sojuzga por la fuerza la voluntad de otros y que en su conjunto forman la esencia del Estado.

Si hacemos caso omiso de las doctrinas y sutilezas llamadas religiosas de los argumentos filosóficos y de las diversas opiniones sostenidas por los sabios burgueses, e intentamos penetrar en la esencia real del problema, veremos que el Estado no es en verdad otra cosa que un aparato de gobierno que se destaca del seno de la sociedad humana. Allí donde aparece un grupo especial de hombres de esta clase, dedicados exclusivamente a gobernar y que para ello necesitan de un aparato especial de coerción y de sojuzgamiento de la voluntad de otros por la violencia —cárceles, destacamentos especiales, ejércitos, etc.—, aparece el Estado.

Pero hubo un tiempo en que no existió el Estado, en que las relaciones sociales, la sociedad misma, la disciplina y la organización del trabajo se mantenían por la fuerza de la costumbre y la tradición, o por la autoridad y el respeto de que gozaban los ancianos de la tribu o las mujeres —quienes en aquellos tiempos, no sólo se hallaban frecuentemente equiparadas al hombre, sino que ocupaban, no pocas veces, incluso una categoría superior a la de éste—, y en que no se conocía una categoría particular de personas especializadas en la tarea de gobernar. La historia revela que el Estado, es decir, ese aparato especial creado para coaccionar a los hombres, sólo surge en el lugar y momento en que aparece la división de la sociedad en clases, o lo que es lo mismo, en grupos de personas, algunas de las cuales se hallan permanentemente en condiciones de apropiarse del trabajo ajeno, de explotar a los otros.

Esta división de la sociedad en clases es la que debemos tener siempre presente con toda claridad, como el hecho fundamental de la historia. El desarrollo de todas las sociedades humanas a lo largo de miles de años revela en todos los países sin excepción; la sujeción general a una ley, la regularidad, la lógica de esa evolución: primero una sociedad sin clases, la sociedad originaria, patriarcal, primitiva, sin aristocracia; luego una sociedad basada en la esclavitud, la sociedad esclavista. Toda la moderna Europa civilizada pasó por esta fase: la esclavitud imperó en su plenitud hace unos dos mil años. Por esta fase pasó también la gran mayoría de los pueblos de otros continentes. Y todavía hoy se conservan rastros de la esclavitud entre los menos desarrollados; en Africa, por ejemplo, persiste todavía en la actualidad la institución de la esclavitud. La división en esclavistas y esclavos fue la primera gran división en clases. El primer grupo, no sólo poseía todos los medios de producción —la tierra y las herramientas, por muy primitivas que éstas fueran, en aquellos tiempos—, sino que poseía, además, los hombres mismos. A este grupo se lo conocía con el nombre de esclavistas, mientras que los que trabajaban y suministraban su trabajo a los otros, recibían el nombre de esclavos.

Esta forma fue seguida en la historia por otra: el feudalismo. La esclavitud, al desarrollarse, se convirtió en feudalismo en la inmensa mayoría de los países. Las dos clases fundamentales en que aparecía dividida la sociedad eran, ahora, los señores feudales y los campesinos siervos. Cambió la forma de las relaciones entre los hombres. Los esclavistas consideraban a los esclavos como de su propiedad; la ley confirmaba esta situación: el esclavo era una bestia perteneciente en un todo a su propietario. En la situación del campesino siervo seguían manteniéndose en pie la opresión y la dependencia de clase, pero ahora no se consideraba que el señor feudal poseyera a los campesinos como bestias de su propiedad; sólo se le concedía el derecho de apropiarse de los frutos de su trabajo y de obligarlo a ejecutar ciertos servicios. En la práctica, como se sabe, sobre todo en Rusia, donde este régimen se mantuvo durante más tiempo que en ninguna otra parte y donde revistió las formas más brutales, el feudalismo no difería en nada de la esclavitud.

Más tarde, con el desarrollo del comercio, la aparición del mercado mundial y el desarrollo de la circulación monetaria, surgió en el seno de la sociedad feudal una nueva clase, la clase capitalista. La mercancía, el intercambio de mercancías y el poder del dinero engendraron el poder del capital. Durante el siglo XVIII, o mejor dicho desde fines de ese siglo y a lo largo del XIX, estallaron revoluciones en todo el mundo. El feudalismo fue abolido en todos los países de Europa occidental, en Rusia más tarde que en cualquier otro lugar. En 1861 se produjo también en Rusia un cambio radical, que trajo como consecuencia la sustitución de una forma de sociedad por otra: el feudalismo fue reemplazado por el capitalismo, que mantenía en pie la división en clases, así como diversas huellas y supervivencias del feudalismo, pero en el que la división en clases presentaba, en lo fundamental, una forma nueva.

Los propietarios de capital, los poseedores de la tierra, los dueños de fábricas y talleres, representaban y siguen representando en todos los países capitalistas una insignificante minoría de la población, que dispone de todo el trabajo de la nación, lo que le permite mandar, oprimir y explotar a toda la masa de trabajadores, la mayoría de los cuales son proletarios, obreros asalariados, que en el proceso de la producción no disponen de otro medio de vida que la venta de su fuerza de trabajo. Con el paso al capitalismo, los campesinos, ya arruinados y aplastados bajo el feudalismo, viéronse convertidos una parte de ellos (la mayoría) en proletarios, y otra parte (la minoría) en campesinos acomodados, quienes a su vez contrataban a obreros y constituían una burguesía rural.

Este hecho fundamental— el paso de la sociedad, de las formas primitivas de la esclavitud al feudalismo, y por último al capitalismo— es el que deben ustedes tener siempre presente, ya que sólo recordando este hecho fundamental encuadrando todas las doctrinas políticas dentro de este marco fundamental, estarán en condiciones de valorarlas debidamente y comprender qué se propone. En efecto, cada uno de estos grandes períodos de la historia de la humanidad —el esclavista, el feudal y el capitalismo— abarca milenios y siglos, y revela una cantidad tan grande de formas políticas, una tal variedad de doctrinas políticas, concepciones y revoluciones, que sólo podremos llegar a comprender esta enorme diversidad y esa inmensa variedad —especialmente en relación con las doctrinas políticas, filosóficas y otras de los sabios y políticos burgueses—, si sabemos aferrarnos firmemente al hilo orientador de la división de la sociedad en clases, los cambios de las formas de este régimen de clases, si analizamos luego desde este punto de vista todos los problemas sociales, económicos, políticos, espirituales, religiosos, etc.

Si examinamos el Estado desde el punto de vista de esta división fundamental, veremos que antes de la división de la sociedad en clases, como ya he dicho, no existía el Estado. Pero a medida que surge y se afianza la división de la sociedad en clases, al nacer la sociedad de clases, aparece también y se consolida el Estado. La historia de la humanidad conoce decenas y cientos de países que han pasado o están pasando en la actualidad por las fases de esclavitud, el feudalismo y el capitalismo. En cada uno de ellos, pese a las inmensas transformaciones históricas que en ellos se han producido, pese a todas las peripecias políticas y a todas las revoluciones correlativas a este desarrollo de la humanidad, al tránsito de la esclavitud al capitalismo, pasando por el feudalismo, y hasta llegar a la actual lucha mundial contra el capitalismo, vemos siempre surgir el Estado. Este ha sido siempre un aparato desprendido de la sociedad y formado por un grupo de personas que se ocupan en forma exclusiva o casi exclusiva de la tarea de gobernar. Los hombres se dividen en gobernados y en especialistas del arte de gobernar, que se colocan por encima de la sociedad y son llamados gobernantes, representantes del Estado. Este aparato, este grupo de personas encargadas de gobernar a los otros, dispone siempre de instrumentos de coerción, de violencia física, ya se exprese esta violencia sobre los hombres en la masa primitiva o, como ocurría ya en la época de la esclavitud, en tipos más perfeccionados de armas, en las armas de fuego inventadas en la Edad Media, o, por último, en las armas modernas, que en el siglo XX son verdaderas maravillas de la tecnología moderna. Los métodos de coerción han cambiado, pero donde quiera existe el Estado nos encontramos en cada sociedad con un grupo de personas que gobiernan, mandan, dominan y que para poder asegurar su poder, disponen de un aparato de coerción física, de un aparato de violencia, con las armas que corresponden al nivel técnico de la época que se trata. Y sólo examinando estos fenómenos generales, preguntándonos por qué no existió el Estado antes de que existieran las clases, antes de que hubiera explotados y explotadores, y por qué surgió al aparecer las clases; sólo así encontraremos una respuesta definida y concreta a la pregunta de cuáles son la esencia del Estado y su significación.

El Estado es una máquina para asegurar la dominación de una clase sobre otra. Cuando la sociedad no conocía la existencia de las clases, cuando, antes de la época de la esclavitud, los hombres trabajaban en condiciones primitivas de la mayor igualdad, en condiciones en que la productividad del trabajo era todavía muy baja y el hombre primitivo a duras penas podía procurarse lo más estrictamente indispensable para la más tosca o sumaria de las existencias, no había surgido, aún ni podía surgir un grupo especial de hombres expresamente encargados de gobernar y dominar sobre el resto de la sociedad. Sólo cuando apareció la primera forma de la división de la sociedad en clases, la esclavitud; cuando una determinada clase de hombres, al concentrarse en las formas más rudimentarias del trabajo agrícola, pudo producir cierto excedente, y cuando este excedente no resultó absolutamente necesario para la mísera existencia del Estado, sino que pasó a manos del esclavista, entonces se afianzó la clase de los esclavistas; pero para que pudiera afianzarse era esencial la aparición del Estado.

Apareció, en efecto, este Estado, el Estado esclavista, un aparato que ponía el poder en manos de los esclavistas y les permitía mantener en sujeción a los esclavos. La sociedad y el Estado eran entonces mucho más reducidos que en la actualidad, y poseían un medio de vinculación incomparablemente más rudimentario; aún no existían los modernos medios de comunicación. Las montañas, los ríos y los mares constituían obstáculos incomparablemente mayores que hoy, y la formación del Estado veíase circunscrita dentro de fronteras geográficas mucho más estrechas. Un aparato estatal técnicamente imperfecto servía a un Estado encerrado dentro de fronteras relativamente estrechas y con una esfera de acción limitada. Pero era, de cualquier modo, un aparato que obligaba a los esclavos a permanecer en esclavitud, que mantenía a una parte de la sociedad sojuzgada y oprimida por la otra. Sería imposible obligar a la mayor parte de la sociedad a trabajar en forma sistemática para la otra si no se dispusiera de un aprato permanente de coerción. Mientras no existieron clases sociales, no se conoció semejante aparato. Al aparecer las clases, siempre y dondequiera que esta división crecía y se afirmaba, aparecía también esa institución especial que es el Estado. Las formas de Estado diferían mucho entre sí. Durante el período de la esclavitud nos encontramos ya con diversas formas de gobierno del Estado en los países más adelantados, más cultos y civilizados de la época, por ejemplo en la antigua Grecia y en la antigua Roma, cuyas sociedades descansaban totalmente sobre la esclavitud. Ya había surgido en aquel tiempo la diferencia entre monarquía y república, y entre aristocracia y democracia. La monarquía es el poder de un individuo, la república la negación de poderes no electivos; la aristocracia es el poder de una minoría relativa-

mente pequeña, la democracia el poder del pueblo (que es el significado literal de democracia en griego). Todas estas diferencias surgieron en la época de la esclavitud. Pero a pesar de ellas, el Estado de la época esclavista era un Estado esclavista, se tratara de una monarquía o de una república, aristocrática o democrática.

En todos los cursos de historia antigua, en todas las conferencias sobre este tema, les hablarán de la lucha que se libraba entre los Estados monárquicos y los republicanos. Pero el hecho fundamental es que a los esclavos no se los consideraba seres humanos; no digo ciudadanos, sino ni siquiera seres humanos. El Derecho Romano los consideraba simples cosas. La ley sobre el homicidio, para no referirnos a otras leyes de protección de la persona, no regía para los esclavos. Defendía sólo a los esclavistas, los únicos a quienes se reconocía como ciudadanos con plenitud de derechos. Lo mismo daba que gobernara una monarquía o una república: tanto una como otra eran la república o la monarquía de los esclavistas. Todos los derechos se hallaban vinculados a los esclavistas, en tanto que los esclavos no eran más que objetos a los ojos de la ley; contra un esclavo no sólo podían perpetrarse impunemente toda clase de violencias, sino que incluso el asesinato de uno de ellos no constituía un delito. Las repúblicas esclavistas diferían unas de otras en cuanto a su organización interna: había repúblicas aristocráticas y repúblicas democráticas. En las primeras sólo tenía derecho de voto un reducido número de privilegiados; en la república democrática lo tenían todos, todos los esclavistas, todos, menos los esclavos. No debe perderse de vista este hecho fundamental, que ilumina más que cualquier otro el problema del Estado, y pone claramente de manifiesto la naturaleza de éste.

El Estado es una máquina para la opresión de una clase por otra, una máquina destinada a mantener a unas clases sojuzgadas por otras, supeditadas a éstas. Esta máquina puede presentar diversas formas. En el Estado esclavista nos encontramos con la monarquía, la república aristocrática e incluso la república democrática. En realidad, las formas de gobierno varían extraordinariamente, pero su esencia es siempre la misma: los esclavos se hallan totalmente privados de derechos y forman una clase oprimida; no se los considera seres humanos. Es la misma situación con que nos encontramos en el Estado feudal.

Al cambiar la forma de explotación, el Estado esclavista se convierte en Estado feudal. Fue un cambio de enorme importancia. En la sociedad esclavista, el esclavo no tiene ninguna clase de derechos y no se le considera un ser humano; en la sociedad feudal, el campesino se halla vinculado a la tierra. El rasgo fundamental del feudalismo consiste en que a los campesinos (que en aquel tiempo formaban la mayoría, pues la población urbana se hallaba muy poco desarrollada) se los consideraba sujetos o enfeudados a la tierra: de ahí el nombre de feudalismo. El siervo podía trabajar cierto número de días para sí mismo en la parcela que su señor le asignara; los demás días trabajaba para éste. La esencia de la sociedad de clases no había cambiado. Se basaba en la explotación de clase. Sólo los terratenientes gozaban de plenitud de derechos; los campesinos carecían totalmente de ellos. En la práctica, en el Estado feudal, su situación difería gran cosa de la situación de los esclavos. Sin embargo, se había abierto un camino más ancho para su emancipación, para la emancipación de los esclavos, ya que el siervo campesino no era considerado propiedad directa del señor feudal. Podía trabajar una parte de su tiempo en su propia parcela; podía, por así decirlo, considerarse hasta cierto punto dueño de sí mismo; y a medida que se ampliaban las posibilidades de desarrollo del intercambio y de las relaciones comerciales, el sistema feudal se iba desintegrando cada vez más y se ensanchaba constantemente el horizonte de la emancipación de los campesinos.

La sociedad feudal fue siempre más compleja que la esclavista. Se daba en ella un importante elemento de progreso comercial e industrial, cosa que a partir de esa época condujo al capitalismo. El feudalismo era el régimen predominante en la Edad Media. Y también en él diferían las formas del Estado; también en él encontramos monarquías y repúblicas, aunque éstas llegaron a desarrollarse mucho menos. Pero bajo unas y otras se consideraba como único gobernante al terrateniente feudal. Los campesinos siervos se hallaban totalmente privados de derechos políticos.

Ni bajo la esclavitud ni bajo el feudalismo podía una reducida minoría imponerse a la aplastante mayoría de los hombres sin un aparato de coerción. La historia está llena de constantes intentos de las clases oprimidas para desembarazarse de la opresión. La historia de la esclavitud nos habla de guerras de emancipación de los esclavos que duraron décadas enteras. Y diremos de pasada, a este propósito, que el nombre de "espartaquistas" adoptado por los comunistas alemanes, el único partido alemán que lucha real y efectivamente contra el yugo capitalista, proviene de Espartaco, el héroe descollante de una de las más grandes sublevaciones de esclavos producida hace unos dos mil años. Durante varios años el Imperio Romano, a primera vista omnipontente, y que descansaba por entero sobre la esclavitud, se vio sacudido en sus cimientos por los golpes y embates de un extenso levantamiento de esclavos, armados y agrupados en un vasto ejército bajo la jefatura de Espartaco. A la postre los esclavos fueron derrotados, capturados y torturados por los esclavistas. Estas guerras civiles jalonan toda la historia de la sociedad de clases. Lo que acabo de señalar es un ejemplo de la más importante de estas guerras civiles en la época de la esclavitud. Toda la época del feudalismo se halla también jalonada por constantes sublevaciones de los campesinos. Así, por ejemplo, durante la Edad Media, la lucha entre las dos clases —terratenientes feudales y siervos— adquirió en Alemania enormes proporciones, hasta transformarse en una verdadera guerra civil de los campesinos contra los señores feudales. Y todos ustedes conocen muy bien otros ejemplos parecidos a éstos, de constantes levantamientos de los campesinos de Rusia contra los terratenientes feudales.

Con el fin de mantener su dominio y asegurar su poder, los señores feudales necesitaban de un aparato mediante el cual pudiesen sojuzgar a una cantidad inmensa de personas y someterlas a ciertas leyes y normas; leyes y normas que, en lo fundamental, se reducían a una sola cosa: el mantenimiento del poder de los señores feudales sobre los campesinos siervos. Tal era el estado de la servidumbre, que en Rusia, por ejemplo, o en los países asiáticos totalmente atrasados en los que el régimen de servidumbre sigue imperando todavía hoy —aunque su forma haya cambiado— era republicano o monárquico. Donde el Estado era una monarquía, se reconocía el poder de un individuo; donde era una república, se admitía en mayor o menor grado la participación de representantes electos de la sociedad de los terratenientes, es decir, de la sociedad feudal. Esta representaba una división en clases en la que la inmensa mayoría —los campesinos siervos— se hallaba totalmente sojuzgada por una minoría insignificante, los señores poseedores de la tierra.

El progreso del comercio, el desarrollo del intercambio de mercancías, condujeron a la formación de una nueva clase, la de los capitalistas. El capital surgió al final de la Edad Media, época en que, después del descubrimiento de América, se desarrolló en enormes proporciones el comercio mundial, en que aumentó la cantidad de metales preciosos, en que la plata y el oro se convirtieron en medios de cambio y en que la circulación monetaria permitió a ciertos individuos acumular enormes riquezas. La plata y el oro fueron reconocidos como riquezas en todo el mundo. Declinó el poder económico de la clase terrateniente y creció el de la nueva clase, de los representantes del capital. La sociedad se reorganizó de tal modo, que todos los ciudadanos pasaron a ser supuestamente iguales, desapareció la vieja división en esclavistas y esclavos, y todos los individuos fueron proclamados iguales ante la ley, independientemente del capital que poseyeran; ya fueran propietarios de tierras o muertos de hambre sin más propiedad que su fuerza de trabajo, a todos se los consideraba iguales ante la ley. Esta protege a todos; protege la propiedad de los que la tienen contra los ataques de las masas, que carecen de toda propiedad, no poseen más que su fuerza de trabajo y poco a poco caen en la miseria, se arruinan y acaban convirtiéndose en proletarios. Tal es la sociedad capitalista.

No puedo detenerme en el detalle. Ya tendrán ustedes ocasión de volver sobre este problema cuando examinen el programa del partido. Allí encontrarán una descripción de la sociedad capitalista. Esta sociedad se levantó contra la servidumbre, contra el viejo feudalismo, bajo la consigna de la libertad. Pero era la libertad para quien poseía algo. Y cuando el feudalismo se derrumbó, lo que ocurrió a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX —en Rusia más tarde que en otros países, en 1861—, el Estado feudal fue desplazado por el capitalista, que proclamaba como consigna la libertad para todo el pueblo, que asegura expresar la voluntad de todo el pueblo y niega ser un Estado de clase. Y al llegar este momento se entabló una lucha entre los socialistas, que aspiran a la libertad de todo el pueblo, y el Estado capitalista, lucha que ha conducido ahora a la creación de la República Socialista Soviética y que se extiende al mundo entero.

Para comprender la lucha que se entabló contra el capital mundial, para entender la esencia del Estado capitalista, debemos recordar que cuando éste se levantó frente al Estado feudal entró en la liza agitando la bandera de la libertad. La abolición del feudalismo significó libertad para los representantes del Estado capitalista y sirvió a sus fines, porque el feudalismo se acercaba a su ocaso y los campesinos podían adquirir en plena propiedad la tierra comprada por ellos mediante un rescate y, en parte, por el pago de un tributo: al Estado esto le era indiferente, pues protegía la propiedad, cualquiera fuese su origen, ya que el propio Estado se basaba en la propiedad privada. En todos los Estados civilizados modernos los campesinos pasaron a ser propietarios privados. El Estado amparaba la propiedad privada, incluso en los casos en que el terrateniente cedía una parte de sus tierras a los campesinos, y el mismo Estado resarcía al terrateniente mediante un rescate en dinero. Era como si declarase que ampararía plenamente la propiedad privada y otorgase a ésta toda clase de apoyo y protección. El Estado reconocía los derechos de propiedad de todo comerciante, fabricante o industrial, cualquiera que fuese. Y esta sociedad, basada en la propiedad privada, en el poder del capital, en la sujeción total de los obreros y masas trabajadoras del campo carentes de propiedad, proclamaba que su régimen se basaba en la libertad. En su lucha contra el feudalismo, proclamaba la libertad de la propiedad y se sentía especialmente orgulloso de que el Estado hubiese dejado de ser, supuestamente, un Estado de clase.

En realidad, el Estado seguía siendo una máquina que ayudaba a los capitalistas a mantener sojuzgados a los campesinos pobres y a la clase obrera, aunque exteriormente fuese libre. Proclamaba el sufragio universal y declaraba por boca de sus mantenedores, predicadores, sabios y filósofos que no era un Estado de clase. E incluso ahora, cuando las repúblicas socialistas soviéticas han comenzado a luchar contra él, nos acusan de atentar contra la libertad y de erigir un Estado basado en la coerción y en la represión de unos por otros, al paso que ellos representan un Estado democrático, de todo el pueblo. Y hoy, en momentos en que ha comenzado la revolución socialista en todo el mundo, en que la revolución triunfa en algunos países y en que se tornó especialmente aguda la lucha contra el capital mundial, el problema del Estado cobra la mayor importancia, y podría afirmarse que se convirtió en el problema más candente, el foco de todos los proble-

mas políticos y de todas las disputas políticas del presente.

Cualquiera sea el partido que tomemos en Rusia o en uno de los países más civilizados, vemos que casi todas las disputas, discrepancias y opiniones políticas giran ahora en torno a la concepción del Estado. ¿El Estado es, en una república democrática —especialmente en repúblicas como Suiza o Norteamérica—, en las repúblicas democráticas más libres, la expresión de la voluntad popular, la resultante de la decisión general, la manifestación de la voluntad nacional, etc., etc., o es simplemente una máquina que permite a los capitalistas del país de que se trata mantener su poder sobre la clase obrera y el campesinado? Tal es el problema fundamental en torno del cual giran todas las disputas políticas en el mundo entero. ¿Qué se dice acerca del bolcheviquismo? La prensa burguesa censura a los bolcheviques. No se encontrará un solo periódico en que no se repita la acusación corriente de que los bolcheviques violan el poder del pueblo. Si nuestros mencheviques y eseristas, en su simpleza de espíritu (aunque tal vez no se trate precisamente de simpleza, o acaso se trate de esa simpleza de la que se dice que es peor que la bribonería) piensan haber inventado y descubierto la acusación de que los bolcheviques violan la libertad y el poder del pueblo, se equivocan grotescamente. No hay ni un solo periódico entre la prensa poderosa de los países ricos, de esos periódicos que gastan decenas de millones en su difusión y que siembran las mentiras burguesas y la política imperialista en decenas de millones de ejemplares, que no repita esos argumentos y acusaciones fundamentales en contra del bolcheviquismo, a saber: que Estados Unidos, Inglaterra y Suiza son Estados avanzados, basados en la soberanía del pueblo, mientras que la república bolchevique es un Estado de bandidos en el que no se conoce la libertad y que los bolcheviques atentaron contra la idea misma de la soberanía popular y llegado al extremo de disolver la Asamblea Constituyente. Estas tremendas acusaciones lanzadas contra los bolcheviques dan la vuelta al mundo. Y nos enfrentan de lleno con la pregunta: ¿qué es el Estado? Para entender estas acusaciones, para poder examinarlas y adoptar ante ellas una actitud plenamente conciente, y no tratarlas de oídas, sino manteniendo una opinión sólida y propia, necesitamos hacernos una idea clara de lo que es el Estado. Tenemos ante nosotros toda clase de Estados capitalistas y toda la serie de teorías que en su defensa se elaboraron antes de la guerra. Para abordar debidamente la cuestión, debemos examinar en forma crítica todas estas teorías y concepciones.

Ya les he aconsejado que recurriesen en busca de ayuda a la obra de Engels, "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado". En ella se dice que todo Estado en el que impere la propiedad privada sobre la tierra y los medios de producción, en el que impere el capital, es siempre por muy democrático que sea, un Estado capitalista, una máquina empleada por los capitalistas para matener sojuzgados a la clase obrera y a los campesinos pobres, siendo el sufragio universal, la Asamblea Constituyente o el Parlamento una mera forma, una especie de letra de cambio, que no cambia nada en el fondo.

Las formas de dominación del Estado pueden variar: el capital manifiesta su poder de cierta manera donde existe una forma y de cierta otra donde la forma es distinta, pero el poder se halla siempre, esencialmente, en manos del capital, ya existan ciertos requisitos de fortuna para votar o no, se trate o no de una república democrática; en realidad, cuanto más democrática sea más ruda y cínica será la dominación del capitalismo. Una de las repúblicas más democráticas del mundo es Estados Unidos de Norteamérica, y sin embargo, en ninguna parte (y quienes hayan vivido en Estados Unidos después de 1905 probablemente lo saben) se manifiesta de un modo tan crudo y tan abiertamente corrompido como allí el poder del capital, el poder de un puñado de multimillonarios sobre toda la sociedad. Allí donde el capital existe, domina la sociedad entera, sin que ninguna república democrática, ninguna clase de derechos electorales puedan cambiar la esencia del asunto.

La república democrática y el sufragio universal representaron un enorme progreso con respeto al feudalismo; permitieron al proletariado lograr su actual unidad y cohesión, le permitieron formar esas filas compactas y disciplinadas que mantienen una lucha sistemática contra el capital. Entre los campesinos siervos, y no digamos entre los esclavos, no existía nada ni siquiera parecido a esto. Los esclavos, como sabemos, se sublevaban en motines y guerras civiles, pero no llegaron ni podían llegar a crear una mayoría con conciencia de clase y partidos capaces de dirigir la lucha: no alcanzaban a comprender claramente porqué luchaban, e incluso en los momentos más revolucionarios de la historia fueron siempre un juguete en manos de las clases gobernantes. La república burguesa, el Parlamento, el sufragio universal, todo ello constituye un inmenso progreso desde el punto de vista del desarrollo mundial de la sociedad. La humanidad avanzó hacia el capitalismo y sólo éste, gracias a la cultura urbana, permitió a la clase oprimida de los proletarios llegar a tetener conciencia de sí misma y crear el movimiento mundial de la clase obrera, los millones de obreros del mundo entero organizados en partidos —los partidos socialistas— que encabezan concientemente la lucha de las masas. Sin parlamentarismo, sin elecciones, habría sido imposible esta evolución de la clase obrera. He aquí por qué todo esto adquirió una importancia tan grande a los ojos de las grandes masas del pueblo. He ahí también por qué se presenta tan difícil un cambio radical. No son sólo los hipócritas concientes, los sabios y los curas quienes ensalzan y defienden la mentira burguesa de que el Estado es libre y tiene como deber defender los intereses de todos; también piensan lo mismo gran número de personas que comparten de buena fé los viejos prejuicios y no alcanzan a entender el tránsito de la vieja sociedad capitalista al socialismo. Y no sólo personas que dependen directamente de la burguesía, no sólo quienes se hallan oprimidos por el yugo del capital o corrompidos por éste (hay gran número de científicos, artistas, curas, etc., de todas clases al servicio del capital), sino incluso quienes se hallan simplemente influidos por el prejuicio de la libertad burguesa y que empuñaron las armas contra el bolchevismo en el mundo entero por la sencilla razón de que la República Soviética, al fundarse, rechazó todas estas mentiras burguesas y declaró abiertamente: dicen que su Estado es libre, cuando en realidad mientras existe la propiedad privada, no es, aunque se trate de una república democrática, más que una máquina empleada por los capitalistas para aplastar a los obreros, función que se manifiesta con tanta mayor claridad cuanto más libre es el Estado. Ejemplos de esto los tenemos en Suiza, dentro de Europa, y en Estados Unidos por lo que a América se refiere. En ninguna parte gobierna el capital en forma tan cínica e implacable, en ninguna parte es su dominación tan ostensible como en estos países, a pesar de tratarse de repúblicas democráticas, por muy sabiamente pintarrajeadas que se presenten y por mucho que en ellas se hable de democracia para los trabajadores y de igualdad de todos los ciudadanos. El hecho es que en Suiza y en Norteamérica impera el capital, y cualquier intento que hagan los obreros por mejorar de un modo efectivo sus condiciones de vida, aunque sólo sea en una leve proporción, provoca inmediatamente la guerra civil. Estos países tienen pocos soldados, un reducido ejército permanente —Suiza cuenta con una milicia y todos los ciudadanos de este país tienen un fusil en su casa; en Estados Unidos no ha habido ejército permanente hasta hace poco—, y esto hace que cuando estalla una huelga se arme la burguesía, reclute soldados y aplaste el movimiento huelguístico; en ninguna parte vemos que la represión del movimiento obrero vaya acompañada de tal rigor como en Suiza y en Estados Unidos, y no hay ningún país en que se revele con tanta fuerza como en estos dos la influencia del capital sobre el Parlamento. El poder del capital está en todas partes, la Bolsa está en todas partes, y el Parlamento y las elecciones no son más que muñecos, marionetas... Pero los obreros van abriendo cada vez más los ojos y la idea del poder soviético va extendiéndose cada vez más, principalmente después de la sangrienta guerra por la que acabamos de pasar. La clase obrera advierte cada vez más la necesidad de luchar implacablemente contra los capitalismos.

Cualesquiera sean las formas que adopte una república, aunque se trate de la más democrática, si es una república burguesa, si mantiene la propiedad privada sobre la tierra, las fábricas y talleres, si el capital privado mantiene a la sociedad toda bajo la esclavitud asalariada, es decir, si no pone en práctica lo que se proclama en el programa de nuestro partido y en la Constitución soviética, este Estado será, sencillamente, una máquina para la opresión de unos por otros. Y debemos poner esta máquina en manos de la clase llamada a derrocar el poder del capital. Todos los viejos prejuicios acerca de que el Estado es el sufragio universal son rechazados por nosotros; esto no pasa de ser un fraude, ya que es imposible la igualdad mientras exista la explotación. El terrateniente no puede ser igual al obrero, ni el saciado igual al hambriento. El proletariado rechaza la máquina a que se daba el nombre de Estado y ante la que los hombres se inclinaban con supersticiosa veneración, porque daban crédito a los cuentos según los cuales el Estado equivalía al gobierno del pueblo; el proletariado, digo, rechaza esta máquina y dice: no es más que una mentira burguesa. Nosotros hemos arrancado a los capitalistas esta máquina y nos hemos apoderado de ella. Con esta máquina o este garrote acabaremos con toda explotación. Y cuando toda posibilidad de explotación haya desaparecido del mundo entero, cuando ya no haya propietarios de tierras ni propietarios de fábricas, ni una situación en la que unos viven en la saciedad mientras otros se mueren de hambre; cuando haya desaparecido por entero la posibilidad de esto, sólo entonces relegaremos esta máquina al montón de los trastos viejos. Entonces no existirá Estado ni explotación. Tal es el objetivo de nuestro Partido Comunista. Y confío en que tendremos ocasión de volver sobre este tema en futuras lecciones y más de una ocasión.

Impreso por primera vez el 18 de enero de 1929, en Pravda, número 15.

Se publica de acuerdo a la copia taquigráfica.

Nota: El trabajo corresponde a las páginas 462 a 480 del Tomo 29 de las Obras Completas de V. I. Lenín. (Ed Cartago)

"DEMOCRACIA" Y DICTADURA

Los contados números que llegaron a Moscú de Frásnoie Snamia de Berlín, y Weckruf ("La Alerta", órgano central del Partido Comunista de la Austria germánica. Se editó en Viena desde noviembre de 1918 hasta el 11 de enero de 1919) de Viena, órgano del Partido Comunista de la Austria germánica, revelan que los traidores del socialismo que apoyan la guerra rapaz de los imperialistas, los Scheidemann y los Ebert, los Austerlitz y los Renner, son resistidos como corresponde por los auténticos representantes de los proletarios revolucionarios de Alemania y Austria. Saludamos calurosamente a ambos periódicos, que reflejan la fuerza vital y el ascenso de la III Internacional.

Es evidente que tanto en Alemania como en Austria el movimiento revolucionario enfrenta en estos momentos el dilema de la Asamblea Constituyente en contraposición al poder de los Soviets. Los representantes de la fracasada II Internacional, desde Scheidemann hasta Kaustky, son partidarios de la Constituyente y califican su posición de defensa de la "democracia" (Kaustky ha llegado incluso a hablar de "democracia **pura**") en oposición a la dictadura. En el folleto La revolución proletaria y el renegado Kaustky, recién publicado en Moscú y Petrogrado, analizo minuciosamente los puntos de vista expuestos por el autor. Intentaré exponer con la mayor brevedad la esencia del problema litigioso que en estos momentos tiene candente actualidad en todos los países capitalistas avanzados.

Scheidemann y Kaustky hablan de "democracia pura" o "democracia" en general, para engañar a las masas y disimular el carácter **burgués** de la democracia **contemporánea:** ¡que el aparato del poder del Estado siga en manos de la burguesía, que un puñado de explotadores siga aprovechando la antigua máquina estatal burguesa! Es comprensible que la burguesía califique de "libres", "igualitarias", "democráticas" y "populares" las elecciones que se realizan bajo ese régimen, puestos que tales términos le sirven para ocultar la verdad, para ocultar que la propiedad sobre los medios de producción y el poder político quedarán en manos de los explotadores y que, por consiguiente, la enorme mayoría de la población no puede hablar siquiera de la auténtica libertad, de la verdadera igualdad para los explotados. A la burguesía le conviene y necesita ocultar el carácter **burgués** de la democracia de estos tiempos, presentarla como democracia en general o "democracia pura", y los Scheidemann y Kaustky, que secundan a la burguesía, abandonan **en la práctica** los puntos de vista del proletariado y se pasan al campo de aquélla.

Cuando Marx y Engels escribieron en colaboración por última vez el prólogo del Manifiesto Comunista (ésto sucedió en 1872), consideraban que sería preciso que los obreros dedicaran especial atención al hecho de que el proletariado no puede simplemente apropiarse de la máquina estatal existente (de la burguesía) y ponerla en marcha para servir a sus objetivos, sino que debe romperla, destruirla. El renegado Kautsky escribió todo un folleto sobre la Dictadura del proletariado, el que ocultaba a los obreros esa importante verdad marxista, tergiversaba la esencia misma de esta doctrina y, como era de esperar, los señores Scheidemann y Cía., en su calidad de agentes de la burguesía, hicieron llegar las alabanzas que el trabajo merecía y saludaron a quien se pasaba a su campo.

Hablar de democracia pura, de democracia en general, de igualdad, de libertad, de derechos de todo el pueblo, en momentos en que los obreros y todos los trabajadores, harapientos y extenuados, pasan hambre y miseria, no sólo por la esclavitud asalariada del capitalismo, sino también por los cuatro años de la guerra de rapiña, mientras los capitalistas y los especuladores siguen siendo los dueños de la "propiedad" robada y del aparato "existente" del poder estatal, significa burlarse de los trabajadores y explotados. Equivale a contradecir directamente los preceptos fundamentales del marxismo, que enseña a los obreros a aprovechar la democracia burguesa como un enorme progreso histórico en comparación con el feudalismo, pero no olvidar un solo instante el carácter burgués de esa "democracia", sus limitaciones y convencionalismos históricos, no depositar una "fe mística" en el "Estado", no olvidar que aún en la más democrática de las repúblicas, y no sólo bajo la monarquía, el Estado no es otra cosa que una máquina cuyo objetivo es aplastar a una clase por medio de otra.

La burguesía se ve obligada a recurrir a la hipocresía y denominar "poder de todo el pueblo" o democracia general, o democracia pura **(burguesa)** a la república democrática, al régimen que en realidad impone a las masas trabajadoras la dictadura de los explotadores, la dictadura de la burguesía. Los Scheidemann y los Kaustky, los Austerlitz y los Renner (y ahora también, lamentablemente, con la colaboración de Friedich Adler), ratifican esas mentiras, esa hipocresía. Pero los marxistas, los comunistas, la desmienten y expresan a los obreros y masas trabajadoras, sin ambages, toda la verdad: en la práctica la república democrática, la Asamblea Constituyente, las elecciones populares, etc., significan la dictadura de la burguesía, y para que el trabajo se libere del yugo del capital no hay otro camino que sustituir esa dictadura por la **dictadura del proletariado,** única forma de gobierno que podrá enmancipar a la humanidad de la esclavitud que le impone el capital, de las mentiras, falsedades e hipocresías de la democracia burguesa que rige para los ricos, y brindar la democracia **para los pobres,** es decir, lograr que los obreros y campesinos pobres tengan verdadero acceso a los beneficios que otorga la democracia, mientras que ahora (incluso en la república **burguesa** más democrática) la enorme mayoría de los trabajadores no puede en la práctica disfrutar de semejantes beneficios.

Tomemos, por ejemplo, la libertad de reunión y de prensa. Los Scheidemann y los Kaustky, los Austerlitz y los Renner, aseguran a los obreros que tanto en Alemania como en Austria las actuales elecciones a la Asamblea Constituyente se realizan con métodos "democráticos". Este concepto es falso **porque en la práctica** los capitalistas, explotadores, terratenientes y especuladores poseen las nueve décimas partes de los mejores edificios adecuados para realizar las reuniones, y disponen en la misma proporción de papel, imprentas y otros elementos. En cuanto al obrero de la ciudad y al jornalero del campo, **en la práctica el** "sagrado derecho de propiedad" (que defienden los señores Kaustky y Renner, y a cuyo campo se pasó, por desgracia, también Friedich Adler) y el aparato burgués de poder estatal, integrado por los funcionarios, jueces burgueses, etc., le impiden el acceso a la democracia. La "libertad de reunión y de prensa" que hoy rige en la "democrática" (burguesa-democrática) república alemana, es falsa e hipócrita por que **en la práctica** implica **libertad** para los ricos de comprar y sobornar la prensa, **libertad para los ricos** de adormecer al pueblo con el aguardiente de las mentiras con que llenan la prensa burguesa, **libertad para los ricos** de disponer en "propiedad" de las residencias de los terratenientes, los mejores edificios, etc. La dictadura del proletariado **confiscará** a los capitalistas en beneficio de los trabajadores, las mansiones de los terratenientes, los mejores edificios, las imprentas y los depósitos de papel.

Esto equivale a sustituir la democracia "de todo el pueblo", "pura", por la "dictadura de una clase", claman los Scheidemann y los Kaustky, los Austerlitz y los Renner (y sus adeptos en el extranjero, los Gompers, Henderson, Renaudel, Vandervelde y Cía., les hace coro).

No es verdad, les respondemos. Se trata de sustituir lo que en la realidad constituye la dictadura de la burguesía (a la que con toda falacia se atribuye la forma de república democrática-burguesa) por la dictadura del proletariado; se trata de sustituir la democracia para los ricos por la democracia para los pobres; se trata de sustituir la libertad de reunión y de prensa para la **mayoría** de la población, para los trabajadores. La democracia se **extenderá** así en proporciones gigantescas, de alcance históricos universales; se transformará de mentira en verdad, liberará a la humanidad del yugo del capital, que **tergiversa** y comprime incluso a la democracia **burguesa** más "democrática" y republicana. El Estado burgués será sustituido por el Estado **proletario,** proceso que constituye el único camino para hacer desaparecer el Estado como tal.

¿Pero porqué no se puede realizar este objetivo prescindiendo de la dictadura de una sólo clase? Por qué no se puede pasar directamente a la democracia "pura"?, preguntan los hipócritas amigos de la burguesía o los ingenuos **kleinbürger** (pequeños burgueses) y los filisteos engañados por aquélla.

Y les respondemos: porque en la sociedad capitalista las clases que desempeñan el papel decisivo son la burguesía o el proletariado, y los pequeños patronos vacilan siempre, son impotentes, sueñan estúpidamente con la democracia "pura", es decir, con la que está al margen de las clases o por encima de ellas. Porque no hay otro medio que la dictadura de la clase oprimida para salir de una sociedad en la que una clase impone su yugo a otra. Porque el proletariado es la única clase capaz de vencer a la burguesía y derribarla, es la única clase que el capitalismo ha unido y "adiestrado", y está en condiciones de hacerse seguir, o, por lo menos de "neutralizar" a esa masa de trabajadores vacilantes que viven como pequeñoburgueses. Porque los bondadosos pequeñoburgueses y filisteos son los únicos que pueden soñar esas fantasías, con las que se engañan a sí mismos y a los obreros: que es posible derribar el yugo del capital sin pasar por una larga y difícil etapa de lucha para **aplastar la resistencia de los explotadores.** En Alemania y en Austria esa resistencia no se revela de manera franca todavía, porque aún no se ha inciado la expropiación de los expropiadores, pero cuando ésta se ponga en práctica se defenderán con furia y desesperación.

Sin confesárselo a sí mismos y ocultando su actitud a los obreros, los Scheidemann y los Kautsky, los Austerlitz y los Renner, traicionan los intereses del proletariado, puesto que en el momento más decisivo abandonan la lucha de clases y la lucha por derrocar al yugo de la burguesía, y tratan de conciliar al proletariado con ésta, se pasan a las posiciones de la "paz social", a la conciliación de los explotados con los explotadores.

Las revoluciones son las locomotoras de la historia, decía Marx. (C. Marx y F. Engels, "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850"). La revolución enseña con rapidez. En Alemania y en Austria los obreros de las ciudades y, los jornaleros del campo se darán cuenta en seguida de cómo los Scheidemann y los Kaustky, los Austerlitz y los Renner, traicionan la causa del socialismo. El proletariado rechazará a esos "social-traidores" que son socialistas de palabra y traidores al socialismo en los hechos, tal como lo hizo en

Rusia con los pequeños burgueses y filisteos, los mencheviques y los "socialistas revolucionarios". El proletariado comprobará —y su experiencia será tanto más rápida cuanto más completo sea el predominio de los "jefes" citados— que el único medio de desbrozar el camino que conduce al socialismo es el de sustituir el Estado burgués, así sea la república burguesa más democrática, por un Estado del tipo de la Comuna de París (sobre el cual tanto habló Marx y que Scheidemann y Kaustky desfiguraron y traicionaron), o por un Estado como el de los soviets. La dictadura del proletariado librará a la humanidad del yugo del capital y de las guerras.

Moscú, 23 de diciembre de 1918. Pravda, número 2, 3 de enero de 1919. Firmado: **N. Lenín.**

Se publica de acuerdo con el manuscrito.

Nota: De Obras Completas, tomo XXVIII, pág. 366-371. (Los subrayados son del autor).

DEMOCRACIA BURGUESA Y DEMOCRACIA PROLETARIA

El problema que tan abominablemente embrolla Kautsky, se plantea en realidad así.

Si no es para mofarse del sentido común y de la historia, resulta claro que no puede hablarse de "democracia pura" mientras existan diferentes **clases**, y sólo puede hablarse de democracia **de clase**. (Digamos entre paréntesis que "democracia pura" es, no sólo una frase de **ignorante**, que no comprende la lucha de clases ni la esencia del Estado, sino una frase completamente vacía, porque en la sociedad comunista la democracia, modificándose y convirtiéndose en costumbre, **se extinguirá**, pero nunca será democracia "pura".)

La "democracia pura" es un embuste de liberal que trata de embaucar a los obreros. La historia conoce la democracia burguesa, que reemplaza al feudalismo, y la democracia proletaria, que sustituye a la burguesa.

Cuando Kautsky dedica casi decenas de páginas a "demostrar" la verdad de que la democracia burguesa es más progresista que el medioevo, de que el proletariado debe utilizarla obligatoriamente en su lucha contra la burguesía, eso no es sino charlatanería liberal, que embauca a los obreros. En la culta Alemania, lo mismo que en la inculta Rusia, se trata de una perogrullada. Lo que hace Kaustky es arrojar su "sabia" tierra a los ojos de los obreros, hablándoles con aire grave de Weitling, de los jesuitas del Paraguay y de muchas otras cosas **para pasar por alto** la esencia BURGUESA de la democracia contemporánea, es decir, de la democracia **capitalista**.

Kautsky toma del marxismo lo que los liberales admiten, lo que admite la burguesía (la crítica del medioevo, el papel progresista que desempeñan en la historia del capitalismo en general y la democracia capitalista en particular), y arroja por la borda, calla y oculta en el marxismo lo que es **inadmisible** para la burguesía (la violencia revolucionaria del proletariado contra la burguesía para aniquilar a ésta). Por ello, dada su posición objetiva y sea cual fuere su convicción subjetiva, Kautsky resulta ser inevitablemente un lacayo de la burguesía.

La democracia burguesa, que constituye un gran progreso histórico en comparación con el medioevo, sigue siendo siempre —y no puede dejar de serlo bajo el capitalismo— estrecha, amputada, falsa, hipócrita, paraíso para los ricos y trampa y engaño para los explotados, para los pobres. Esta verdad, que figura entre lo más esencial de la doctrina marxista, no la ha comprendido el "marxista" Kautsky. En este problema —fundamental— Kautsky ofrece "cosas del gusto" de la burguesía, en lugar de una crítica científica de las condiciones que hacen de toda democracia burguesa una democracia para los ricos.

Comencemos por recordar al doctísimo señor Kautsky las declaraciones teóricas de Marx y Engels que nuestro exégeta, para vergüenza suya, "ha olvidado" (para complacer a la burguesía), y después explicaremos las cosas del modo más popular.

No sólo el Estado antiguo y feudal, sino también "el moderno Estado representativo es instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado" (Engels, en su obra sobre el Estado) (:). "Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de un Estado libre del pueblo: mientras el proletariado **necesite** todavía del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir" (Engels, en su carta a Bebel del 28 de marzo de 1875). "El Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía" (Engels, en su prólogo a **La guerra civil** de Marx). El sufragio universal es "el índice de la madurez de la clase obrera. **No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual**" (Engels, en su obra sobre el Estado) (:). El señor Kautsky rumía en forma extraordinariamente aburrida la primera parte de esta tesis, aceptable para la burguesía. ¡En cambio la segunda, que hemos subrayado y que no es admisible para la burguesía, el renegado Kautsky la pasa por alto!) "La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo (...) En vez de decidir una vez cada tres o seis años a que miembros de la clase dominante han de representar y aplastar (ver-und zertreten) al pueblo en el parlamento, el sufragio universal había de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios" (Marx, en su obra sobre la Comuna de París **La guerra civil en Francia**).

Cada una de estas tesis, que conoce perfectamente el doctísimo señor Kautsky, es para él una bofetada y descubre toda su traición. En todo el folleto de Kautsky no hay una sola gota de comprensión de estas verdades. ¡Todo él es una burla del marxismo!

Tómense las leyes constitucionales de los Estados contemporáneos, tómese la manera cómo son

regidos, la libertad de reunión o de imprenta, la "igualdad de los ciudadanos ante la ley", y se verá a cada paso la hipocresía de la democracia burguesa, que tan bien conoce el obrero honrado y consciente. No hay Estado, ni siquiera el más democrático, cuya Constitución no ofrezca algún escape o reserva que permita a la burguesía lanzar las tropas contra los obreros, declarar el estado de guerra, etc., "en caso de alteración del orden"; en realidad, en caso de que la clase explotada "altere" su situación de esclava e intente hacer algo que no sea propio de esclavos. Kautsky acicala desvergonzadamente la democracia burguesa, callándose, por ejemplo, lo que los burgueses más democráticos y republicanos hacen en Norteamérica o en Suiza contra los obreros en huelga.

¡Oh, el sabio y docto Kautsky se lo calla! Este erudito político no comprende que el silencio aquí es una villanía. Prefiere contar a los obreros cuentos de niños, como el de que democracia significa "defensa de la minoría". ¡Resulta increíble, pero así es! En el verano del año 1918 de la era cristiana, al quinto año de carnicería imperialista mundial, cuando en todas las "democracias del mundo" se estrangula a las minorías internacionalistas (es decir, a los que no han traicionado vilmente al socialismo, como los Renaudel y los Longuet, los Scheidemann y los Kautsky, los Henderson y los Webb, etc.), el sabio señor Kautsky entona sus melifluas loas a la "defensa de la minoría". Quien lo desee puede leerlo en la página 15 del folleto de Kautsky. Y en la página 16 este docto... individuo nos hablará ¡de los whigs y de los tories del siglo XVIII en Inglaterra!

¡Oh erudición! ¡Oh refinado servilismo ante la burguesía! ¡Oh civilizada manera de reptar ante los capitalistas y lamerles las botas! Si yo fuera Krupp, Scheidemann, Clamenceau o Renaudel le pagaría al señor Kautsky millones, lo recompensaría con besos de Judas, lo elogiaría ante los obreros, recomendaría "la unidad socialista" con gente tan "respetable" como él. ¿No es prestar lacayunos servicios a la burguesía eso de escribir folletos contra la dictadura del proletariado, traer a colación a los whigs y los tories del siglo XVIII en Inglaterra, afirmar que democracia significa "defensa de la minoría" y guardar silencio sobre los **progroms** desencadenados contra los internacionalistas en la "democrática" República de Estados Unidos, no es prestar lacayunos servicios a la burguesía?

El sabio señor Kautsky "ha olvidado" —probablemente por casualidad...— una "pequeñez": el partido dominante de una democracia burguesa sólo es la defensa de la minoría a otro partido **burgués**, mientras que al proletariado, en todo problema **serio, profundo y fundamental,** en lugar de "defensa de la minoría" recibe la ley marcial o los de guerra o progroms. **Cuanto más desarrollada está la democracia, tanto más cerca se encuentra en toda divergencia política profunda, peligrosa para la burguesía, del pogrom o de la guerra civil.** El sabio señor Kautsky podía haber advertido esta "ley" de la democracia burguesa en el asunto Dreyfus de la Francia republicana, en el linchamiento de negros e internacionalistas en la democrática República de Estados Unidos, en el ejemplo de Irlanda y de Ulster en la democrática Inglaterra (:); en la persecución de los bolcheviques y en la organización de pogroms contra ellos en abril de 1917, en la democrática República de Rusia. Intencionadamente cito ejemplos que no corresponden sólo al período de guerra, sino también al período prebélico, al tiempo de paz. El melifluo señor Kautsky estima oportuno cerrar los ojos ante estos hechos del siglo XX, y contar, en cambio, a los obreros cosas admirablemente nuevas, de extraordinario interés, inusitadamente instructivas e increíblemente enjundiosas sobre los whigs y los tories del siglo XVIII.

Considérese el Parlamento burgués. ¿Puede admitirse que el sabio Kautsky no haya oído decir nunca que los parlamentos burgueses están **tanto más** sometidos a la Bolsa y a los banqueros **cuanto más** desarrollada está la democracia? Esto no quiere decir que no deba utilizarse el parlamentarismo burgués (y los bolcheviques lo han utilizado quizá con mayor éxito que ningún otro partido del mundo, porque en 1912-1914 habíamos conquistado toda la curia obrera de la IV Duma). Pero sí quiere decir que sólo un liberal puede olvidar, como lo hace Kautsky, el **carácter históricamente limitado** y condicional que tiene el parlamentarismo burgués. En el más democrático Estado burgués, las masas oprimidas tropiezan a cada paso con un contradicción flagrante entre la igualdad **formal**, proclamada por la "democracia" de los capitalistas, y las mil limitaciones y tretas reales que convierten a los proletarios en **esclavos asalariados**. ¡Esta contradicción es la que los agitadores y los propagandistas del socialismo denuncian siempre ante las masas **a fin de prepararlas** para la revolución! Y cuando **ha comenzado** una era de revoluciones, Kautsky le vuelve la espalda y se dedica a ensalzar los encantos de la democracia burguesa **agonizante**.

La democracia proletaria, una de cuyas formas es el poder soviético, ha infundido a la democracia un desarrollo y una extensión como jamás se conocieron, en benificio de la inmensa mayoría de la población, de los explotados y los trabajadores. Escribir todo un folleto sobre la democracia, como lo hace Kautsky, que dedica dos páginas a la dictadura y decenas de páginas a la "democracia pura", y **no advertir** esto, significa tergiversar por completo las cosas al modo liberal.

Considérese la política exterior. En ningún país burgués, ni aun en el más democrático, se hace abiertamente. En todas partes se engaña a las masas; y en la democrática Francia, en Suiza, en Norteamérica y en Inglaterra se hace de un modo cien veces más amplio y refinado que en otros países. El poder soviético arrancó revolucionariamente el velo de misterio que cubría la política exterior. Kautsky no lo ha notado. Nada dice de ello, aunque en una época de guerras de rapiña y de tratados secretos para "repartirse las esferas de influencia" (es decir, de tratados en los que los bandoleros capitalistas proyectan el reparto del mundo), este hecho tiene una importancia **cardinal**, porque de él depende la paz, la vida y la muerte de decenas de millones de personas.

Considérese la estructura del Estado. Kautsky se aferra a "minucias", incluso a que las elecciones son "indirectas" (en la Constitución soviética) pero no ve el fondo del problema. No nota que la máquina estatal, el aparato del Estado, tiene una esencia de **clase**. En la democracia burguesa, valiéndose de mil ardides —tanto más ingeniosos y eficaces cuanto más desarrollados está la democracia "pura"—, los capitalistas **apartan** a las masas de la participación en el gobierno, de la libertad de reunión y de prensa, etc. El poder soviético es el **primero** del mundo (mejor dicho el segundo, porque la Comuna de París empezó a hacer lo mismo) que **incorpora** al gobierno a las masas, en especial a las masas **explotadas**. Mil obstáculos **impiden** a las masas trabajadoras llegar al Parlamento burgués (que **nunca resuelve** las cuestiones más importantes dentro de la democracia burguesa: las resuelven la Bolsa y los Bancos) y los obreros saben y sienten, ven y perciben perfectamente que el Parlamento burgués es una institución **extraña**, un **instrumento de opresión** de los proletarios por la burguesía, la institución de una clase hostil, de una minoría de explotadores.

Los soviets son la organización directa de los trabajadores y de las masas explotadas, a los que dan toda clase de **facilidades** para organizar por sí mismo el Estado y gobernarlo. La vanguardia de los trabajadores y de los explotados, el proletariado de las ciudades, tiene en este sentido la ventaja de ser el más unido, gracias a las grandes empresas; a él le es más fácil que a nadie elegir y controlar a los elegidos. La organización soviética **facilita** automáticamente la unificación de todos los trabajadores y explotados alrededor de su vanguardia, el proletariado. El viejo aparato burgués, la burocracia, los privilegios de fortuna, de la instrucción burguesa, de las relaciones, etc. (privilegios de hecho, tanto más variados cuanto más desarrollada está la democracia burguesa) desaparecen totalmente con la organización soviética. La libertad de prensa deja de ser una farsa, porque se desposee a la burguesía de los talleres gráficos y del papel. Lo mismo sucede con los mejores edificios, con los palacios, hoteles particulares, casas señoriales de campo, etc. El poder soviético desposeyó inmediatamente a los explotadores de miles y miles de los mejores edificios, haciendo de este modo UN MILLON DE VECES más "democrático" el derecho de reunión para las masas, ese derecho de reunión sin el que la democracia es un engaño. Las elecciones indirectas de los soviets que no son locales hacen más fáciles los congresos de los soviets, hacen que todo el aparato sea menos costoso, más ágil, esté más al alcance de los obreros y de los campesinos en un período en que la vida se encuentra en efervescencia y es necesario poder proceder con gran rapidez para revocar a un diputado local o enviarlo al Congreso general de los Soviets.

La democracia proletaria es UN MILLON DE VECES más democrática que cualquier democracia burguesa. El poder soviético es un millon de veces más democrático que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Para no advertirlo es preciso ser un servidor consciente de la burguesía o un hombre políticamente muerto, al que los polvorientos libros burgueses le impiden ver la vida tal como es y que está impregnado hasta la médula de prejuicios democrático-burgueses, por lo que objetivamente se ha convertido en lacayos de la burguesía.

Para no advertirlo es preciso ser incapaz de **plantear la cuestión** desde el punto de vista de las clases **oprimidas**.

¿Hay un solo país del mundo, entre los países burgueses más democráticos, donde el obrero **medio**, de la masa, el **bracero** medio, de la masa, o el semiproletario del campo en general (es decir, el representante de la masa oprimida, de la inmensa mayoría de la población) goce, aunque sea aproximadamente, de la **libertad** de celebrar sus reuniones en los mejores edificios; de la **libertad** de disponer, para expresar sus ideas y defender sus intereses, de las imprentas más grandes y las mejores reservas de papel; de la **libertad** de enviar hombres de su clase al gobierno y para "poner en orden" el Estado, como sucede en la Rusia soviética?

Es ridículo pensar siquiera que el señor Kautsky pueda hallar en ningún país un obrero o un bracero entre mil, que, una vez informado, dude al contestar a esta pregunta. Instintivamente, sin oír más que las confesiones fragmentarias de la verdad que se les escapan a los periódicos burgueses, los obreros de todo el mundo simpatizan con la república de los soviets porque ven en ella a la democracia **proletaria, la democracia para los pobres**, y no una democracia para los ricos, como en realidad es toda democracia burguesa, incluso la mejor.

Nos gobiernan (y "ordenan" nuestro Estado) funcionarios burgueses, parlamentarios burgueses y jueces burgueses. Esta es una verdad pura, evidente, indiscutible, que conocen por experiencia, que sienten y perciben cotidianamente decenas y centenares de millones de seres de las clases oprimidas de todos los países burgueses, incluso de los más democráticos.

En Rusia, en cambio, se ha deshecho por completo el aparato burocrático, no dejando de él piedra sobre piedra; se ha expulsado a todos los antiguos magistrados, disuelto el Parlamento burgués y dado a los obreros y a los campesinos una representación **mucho más accesible**; sus soviets han venido a ocupar el puesto de los funcionarios o SUS soviets han sido colocados por encimas de sus funcionarios. SUS soviets son los que eligen a los jueces. Este mero hecho basta para que todas las clases oprimidas proclamen que el poder de los soviets, es decir, esta forma de dictadura del proletariado, es un millón de veces más democrática que la más democrática de las repúblicas burguesas.

Kautsky no comprende esta verdad, inteligible y evidente para todo trabajador, porque "ha olvida-

do ", "ha perdido la costumbre" de preguntar. ¿Democracia PARA QUE CLASE? Razona desde el punto de vista de la democracia "pura" (¿Es decir, sin clases o por encima de las clases?). Argumenta como Shylock: "una libra de carne", y nada más. Igualdad de todo los ciudadanos, si no, no hay democracia.

Debemos preguntar al sabio Kautsky, al "marxista" y "socialista" Kautsky:

¿Puede haber igualdad entre el explotado y el explotador?

Es monstruoso, es increíble que tengamos que hacer esta pregunta a propósito de un libro del dirigente ideológico de la II Internacional. Pero hemos puesto manos a la obra, y hay que llevarla a término. Nos hemos propuesto escribir sobre Kautsky; hay que explicar, pues, a este erudito porque no puede haber igualdad entre el explotador y el explotado.

(:) (:) F. Engels "El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado".

(: :) Se refiere a la insurrección de 1916 en Irlanda, contra la esclavización en que Inglaterra la mantenía, y que fue reprimida de modo sangriento por la burguesía inglesa. "En Europa (...) se ha levantado Irlanda, a la que los ingleses, tan 'amantes de la libertad', han pacificado a fuerza de ejecuciones", escribió Lenin ese año. Ulster: Parte noroeste de Irlanda, habitada en lo fundamental por ingleses; el ejército de Ulster ayudó a las tropas inglesas a aplastar el levantamiento del pueblo irlandés.

ACLARACION: Este trabajo ha sido extraído del Folleto LA REVOLUCION PROLETARIA Y EL RENEGADO KAUTSKY (Obras Completas pág. 228-321. ed. Cartago). El extracto comprende pág. 240-247.

(Los subrayados son del autor).

Trabajo extractado de; **I CONGRESO DE LA ENSEÑANZA EXTRAESCOLAR** (Obras Completas pág. 327-369. Ed. Cartago). Subtítulo: **COMO SE ENGAÑA AL PUEBLO CON CONSIGNAS DE LIBERTAD E IGUALDAD - 19 DE MAYO.**

I I I

Paso ahora al siguiente problema. Es el de la actitud ante la democracia en general.

Ya he tenido ocasión de señalar que la justificación más usual la defensa más corriente de las posiciones políticas mantenidas por los demócratas y los socialistas en contra nuestra es la invocación de la democracia. El representante más resuelto de este punto de vista en la prensa europea es, como sin duda lo saben ustedes, Kautsky, el jefe ideológico de la II Internacional, hoy todavía miembro de la Internacional de Berna. "Los bolcheviques —dice Kautsky— han escogido un método que viola la democracia, han elegido el método de la dictadura, razón por la cual su causa no es justa". Es este un argumento que se repite miles y millones de veces, constantemente, en toda la prensa y en todos los periódicos que he citado. Lo repiten a todas horas todos los intelectuales y, a veces, lo copian semiconcientemente, en su argumentación, las personas comunes y corrientes. "La democracia es la libertad, es la igualdad, es el acuerdo de la mayoría; ¡que puede haber que se halle por encima de la libertad, de la igualdad, de los acuerdos de la mayoría! Si ustedes, bolcheviques, se apartaron de esto e incluso han tenido la insolencia de decir abiertamente que están por encima de la libertad, de la igualdad y de los acuerdos de la mayoría, no pueden sorprenderse ni quejarse de que los llamemos usurpadores y tiranos!".

No nos sorprendemos en lo más mínimo, porque nada nos agrada tanto como la claridad y basamos nuestros cálculos sólo en que la parte avanzada de los trabajadores tenga una conciencia clara de su situación. Sí; hemos dicho y decimos siempre en nuestro programa, en el programa del partido, de que no caemos en el engaño de consignas tan agradables al oído como las de libertad, igualdad y voluntad de la mayoría, y que a quienes se llaman demócratas, partidarios de la democracia pura, partidarios de la democracia consecuente, oponiéndola directa o indirectamente a la dictadura del proletariado, los consideramos cómplices de Kolchak.

Pongámonos de acuerdo. ¿Son realmente culpables los demócratas puros de predicar la democracia pura, de defenderla contra sus usurpadores, o su culpa consiste en estar al lado de las clases poseedoras, al lado de Kolchak?

Comencemos por la libertad. Huelga decir que la libertad es una consigna muy importante, esencialísima para toda revolución, sea socialista o democrática. Pero nuestro programa declara: la libertad, cuando se opone a la liberación del trabajo respecto del yugo del capital constituye un engaño. Y cualquiera de ustedes que haya leído a Marx —o que haya leído, pienso yo, aunque sólo sea una exposición de divulgación de la doctrina de Marx— sabe que Marx consagró la mayor parte de su vida y de sus obras, la mayor parte de sus investigaciones científicas, precisamente a burlarse de la libertad, de la igualdad, de la voluntad de la mayoría y de todos los Bentham que pintaban estos cuadros ya a demostrar que estas frases encubren los intereses de la libertad de los poseedores de mercancías, de la libertad del capital para oprimir a las masas trabajadoras.

Decimos a todos los que, en el momento de derrocar el poder del capital en el mundo entero, o aunque sólo sea en un país; a todos los que en esta hora histórica en que aparece situada en primer plano la lucha de clases trabajadoras oprimidas por el total derrocamiento del capital, por la destrucción total de la producción mercantil; a todos lo que en esta fase política hablen de la "Libertad" en general y que en nombre de esta libertad se manifiesten contra la dictadura del proletariado, les decimos que ayudan a los explotadores y nada más, que son sus secuaces, ya que la libertad, si no se supedita a los intereses de la emancipación del trabajo respecto del yugo del capital, es un engaño, como nosotros lo declaramos abiertamente en nuestro programa del partido. Es posible que esta declaración resulta superflua desde el punto de vista de la estructura del programa pero constituye algo muy sustancial desde el plano de toda nuestra propaganda y agitación, desde el punto de vista de los fundamentos de la lucha del proletariado por el poder proletario. Sabemos muy bien que es necesario luchar contra el capital mundial; sabemos muy bien que el capital mundial, en su época, tuvo el objetivo de crear la libertad burguesa; sabemos muy bien que este es un progreso histórico de alcance universal. Declaramos que luchamos contra todo el capitalismo, contra el capitalismo republicano, contra el capitalismo democrático, contra el capitalismo levanta contra nosotros la bandera de la libertad. Y les contestamos. Hemos considerado necesario dar esta respuesta en nuestro programa: toda libertad es un engaño si contradice los intereses de la liberación del trabajo respecto de la opresión capitalista.

¿Pero no será lo contrario? No será que no existe contradicción entre la libertad y la liberación del trabajo respecto del yugo del capital? Consideren todos los países del occidente de Europa en los que han estado o acerca de los cuales, por lo menos, han leído algo. En cualquier librito verán que el régimen existente en estos países civilizados del occidente de Europa-Francia, Inglaterra, Estados Unidos— han levantado esta bandera y lucha contra los bolcheviques" en nombre de la libertad". En estos últimos días, muy recientemente —los periódicos franceses rara vez nos llegan ahora, pues estamos cercados, pero sí oímos noticias por radio, pues del aire no puede apoderarse, a pesar de todo, y captamos las radios extranjeras—, en estos días he tenido ocasión de leer un mensaje cursado por el bandidesco gobierno francés: en él se dice que Francia, al luchar contra los bolcheviques y apoyar a sus adversarios, sigue manteniendo en alto como en el pasado "el noble ideal de libertad". A cada paso nos encontramos con esta afirmación, que da la nota dominante de su polémica contra nosotros.

¿Pero a qué llaman ellos libertad? Estos franceses ingleses y norteamericanos civilizados llaman libertad, entre otras cosas, a la libertad de reunión. En las constituciones debe figurar un precepto que diga: "Libertad de reunión para todos los ciudadanos". "He ahí —dicen— el contenido, he ahí una manifestación fundamental de la libertad. Y ustedes, los bolcheviques, han atentado contra la libertad de reunión".

Sí —contestamos—, la libertad de ustedes, señores ingleses, franceses y norteamericanos, es un engaño si contradice a la liberación del trabajo respecto a la opresión capitalista. Olvidan un pequeño detalle, señores civilizados. Olvidan que la libertad de ustedes aparece proclamada en una Constitución. que **legaliza la propiedad privada.** He ahí el fondo de la cuestión.

Junto a la libertad, la propiedad: eso es lo que ustedes inscriben en su Constitución. Que reconozcan la libertad de reunión es, por supuesto, un enorme progreso en comparación con el régimen feudal, con la Edad Media, con la servidumbre. Así lo reconocieron todos los socialistas, mientras se valían de esta libertad de la sociedad burguesa para enseñar al proletariado como debía derrocar el yugo del capitalismo.

Pero la libertad de ustedes es de la naturaleza. que no es más que una libertad sobre el papel, pero no en los hechos. Esto quiere decir que si en las grandes ciudades existen amplios locales por el estilo de éste, estos locales pertenecen a los capitalistas y a los terratenientes, y llevan el nombre de salas de "reunión para la nobleza". Ustedes pueden reunirse libremente, ciudadanos de la república democrática de Rusia, pero esto es propiedad privada, pues de otro modo serán bolcheviques, criminales, bandoleros, salteadores, granujas. Y nosotros decimos: vamos a terminar con todo eso. Estos edificios de "reunión para la nobleza" los convertiremos en locales de organizaciones obreras, y luego hablaremos de la "libertad de reunión". Nos acusan de violar la libertad Pero nosotros reconocemos que toda libertad, si no se supedita a los intereses de la liberación del trabajo respecto de la opresión capitalista, es un engaño. La libertad de reunión, inscripta en las constituciones de todos los países burgueses, es un engaño, ya que para poder reunirse, en un país civilizado, que a pesar de todo no ha acabado con el invierno, ni ha transformado el clima, hace falta disponer de locales, y los mejores son de propiedad privada. Empecemos por confiscar los mejores locales y luego hablaremos de la libertad.

Decimos que la libertad de reunión para los capitalistas es el mayor crimen contra los trabajadores, es la libertad de reunión para los contrarrevolucionarios. Decimos a los señores intelectuales burgueses, a los señores partidarios de la democracia: ¡mienten cuando nos lanzan la acusación de violar la libertad! Cuando los grandes revolucionarios burgueses llevaron a cabo la revolución, en 1649 en Inglaterra y en 1792-1793 en Francia, no concedían libertad de reunión a los monárquicos. Y la revolución francesa se llama Gran Revolución precisamente porque no se caracterizó por su blandura, por su mediocridad, por la fraseología de muchos de los revolucionarios del año 1848, sino que fue una revolución efectiva, que, después de derribar el poder a los monárquicos, los aplastó hasta el fin. Y nosotros sabremos proceder de igual manera con los señores capitalistas, pues sabemos que para liberar a los trabajadores del yugo del capital hay que arrebatar a los capitalistas la libertad de reunión, hay que suprimir o limitar su "libertad". Esto es lo que sirve a la liberación del trabajo del yugo del capital, lo que sirve a la auténtica libertad, en la que no habrá edificios que alberguen a una sola familia y que pertenezcan a particulares, a terratenientes, a capitalistas o a alguna sociedad anónima. Cuando eso se acabe y la gente se haya olvidado de que puede haber edificios públicos de propiedad privada, entonces sí abogaremos nosotros en favor de la plena "libertad". Cuando no haya en el mundo más que trabajadores y los

hombres se hayan olvidado de que alguien pueda ser miembro de la sociedad sin trabajar —lo que no sucederá tan pronto, por culpa de los señores burgueses y de los señores intelectuales burgueses— entonces seremos partidarios de la libertad para todos, pero ahora la libertad de reunión es libertad de reunión para los capitalistas, para los contrarrevolucionarios. Luchamos contra ellos, les oponemos toda la resistencia y declaramos que les arrebataremos esa libertad.

Nos lanzamos a la lucha: en esto consiste el contenido de la dictadura del proletariado. Ha pasado el tiempo del socialismo candoroso, utópico, fantástico, mecánico, intelectual, en que la cosa se representaba de la siguiente manera: convenceremos a la mayoría, trazaremos un hermosísimo cuadro de la sociedad socialista y la mayoría adoptará el punto de vista del socialismo. Han pasado los tiempos en que se divertía uno mismo y divertía a los demás con estas pueriles historietas. El marxismo, que reconoce la necesidad de la lucha de clases, dice: la humanidad solo llegará al socialismo por la dictadura del proletariado. Dictadura es una palabra dura, cruel, sangrienta, dolorosa, y palabras así no deben lanzarse al viento. Si los socialistas han lanzado esta consigna es porque saben que la clase de los explotadores no se rendirá sino como resultado de una lucha encarnizada e implacable, y que tratará de encubrir su dominación con toda suerte de hermosas palabras.

Libertad de reunión ¿puede haber algo más elevado y mejor que estas palabras? El desarrollo de los trabajadores y de su grado de conciencia ¿es concebible sin libertad de reunión? ¿Serían concebibles los fundamentos del humanismo sin libertad de reunión? Nosotros decimos que la libertad de reunión proclamada en las constituciones de Inglaterra y Estados Unidos es un engaño, porque maniata a las masas trabajadoras durante todo el período del paso al socialismo; es un engaño porque sabemos muy bien que la burguesía hará todo lo posible para derrocar desde el principio este poder tan insólito y tan "monstruoso". Y no puede ser de otro modo, para quien haya pensado en la lucha de clases y para quien reflexione, de modo aunque solo sea un tanto concreto y claro acerca de las relaciones entre los obreros sublevados y la burguesía derrocada en un país, pero no en todos, y que precisamente por no haber sido derrocada por completo se lanza a la lucha con tanta mayor exasperación.

Precisamente después del derrocamiento de la burguesía es cuando la lucha de clases reviste las formas más enconadas. Y para nada sirven esos demócratas y socialistas que, engañándose a sí mismos y engañando a otros, dicen: derrocada la burguesía, todo ha terminado. Lejos de haber terminado, no hace más que comenzar, porque hasta ahora la burguesía no creía en la posibilidad de ser derrocada, y en vísperas de la revolución de octubre bromeaba muy de buena gana y con suma afabilidad; bromeaban los Miliukov, Chernov y los de "Nóvaia Zhisn". Bromeaban así: "Adelante, señores bolcheviques, formen su gabinete y tomen el poder por una semanita, pues con ello nos prestarán un excelente servicio!". Esto era lo que escribía Chernov en nombre de los eseristas, así escribía Miliukov en Riech y así escribía también la Nóvaia Zhisn semimenchevique. Bromeaban, porque no tomaban las cosas en serio. Pero ahora han visto que la cosa iba en serio, y los señores burgueses de Inglaterra, Francia y Suiza, quienes pensaban que sus "repúblicas democráticas" eran sus corazas, han visto y se han convencido de que las cosas iban en serio, y ahora se arman todos. ¡Si pudiesen ver ustedes lo que se está haciendo en la libre Suiza, vería cómo allí todos los burgueses sin excepción empuñan las armas, porque saben que el problema es el de si conservarán o no los privilegios que les permiten mantener a millones de hombres en la esclavitud asalariada! La lucha ha adquirido ahora proporciones mundiales, y por eso quien ahora lance contra nosotros palabras como las de "libertad" y "democracia" se pone del lado de las clases poseedoras y engaña al pueblo, pues, no comprende que la libertad y la democracia han sido, hasta ahora, libertad y democracia **para los poseedores**, y a los desposeídos solo se les daban migajas del festín.

¿Qué es la libertad de reunión, allí donde los trabajadores viven agobiados bajo la esclavitud del capital y del trabajo para el capital? Es un engaño, y para marchar hacia la libertad de los trabajadores hay que empezar por vencer la resistencia de los explotadores, y si yo hago frente a la resistencia de toda una clase, es evidente que no puedo prometerle ni libertad ni igualdad, ni acatar las decisiones de la mayoría de esa clase.

I V

Paso ahora de la libertad a la igualdad. Aquí las cosas son todavía mucho más profundas. Aquí nos encontramos con un problema todavía más serio, que provoca mayores discrepancias aun y que es más espinoso.

En el curso de la revolución son derrocadas una clase explotadora tras otra. Al principio, la revolución echó por tierra la monarquía y entendió por igualdad sólo los poderes electivos, sólo la república. Al ir más adelante, barrió a los terratenientes, y ya se sabe que toda la lucha contra el régimen medieval, contra el feudalismo, se desarrolló bajo la consigna de "igualdad". Todos debían ser iguales, cualesquiera que fuese el estamento a que pertenecieran; todos iguales, lo mismo el millonario que el menesteroso: así se expresaban, así pensaban, así lo creían sinceramente los más grandes revolucionarios de un período que entró en la historia como el período de la gran revolución francesa. La revolución se hizo contra los terratenientes bajo la consigna de la igualdad, llamándose igualdad al hecho de que el millonario y el obrero tuvieran los mismos derechos. Pero la revolución ha sido más allá. Dice que la "igualdad" —esto no lo decimos nosotros expresamente en nuestro programa, pero no hace falta repetirlo a cada paso, pues se trata de algo tan claro como lo que hemos dicho con respecto a la libertad— es un engaño si contradice a la liberación del trabajo respecto al yugo del capital. Esto es lo que decimos y es la verdad absoluta. Decimos que la república democrática con la igualdad actual es una mentira, un engaño, que aquí no se da ni puede existir tal igualdad y que lo que impide que esta igualdad exista es la propiedad sobre los medios de producción, sobre el dinero, sobre el capital. Podría abolirse en seguida la propiedad sobre los inmuebles de lujo, podrían abolirse relativamente pronto el capital y los instrumentos de producción, pero fijémonos en la propiedad sobre el dinero.

El dinero es una condensación de la riqueza social, una condensación del trabajo social, el testimonio del tributo pagado por todos los trabajadores, el vestigio de la explotación pasada. He aquí lo que es el dinero, ¿podría suprimirse de la noche a la mañana? NO. Antes de la revolución socialista escribieron los socialistas que no era posible abolir el dinero de repente, y nuestra experiencia confirma esa aseveración. Harán falta muchas conquistas técnicas, y, lo que es bastante más difícil e importante, progresos en la organización, para poder acabar con el dinero, y entre tanto será necesario mantenerse en el terreno de la igualdad de palabra, en la Constitución, en una situación en la que quien posea dinero poseerá, de una manera efectiva, el derecho a explotar a otros. Y no podemos abolir el dinero inmediatamente. Decimos: el dinero mientras tanto subsistirá, y se mantendrá en vigor durante largo tiempo, en el período de transición de la antigua sociedad capitalista a la sociedad socialista. La igualdad es un engaño, si es contraria a los intereses de la liberación del trabajo respecto de la opresión capitalista.

Engels tenía una y mil veces razón cuando escribía: el concepto de igualdad es el más necio y absurdo de los prejuicios considerado al margen de la supresión de las clases (Engels, Anti-Dühring). Los profesores burgueses han tratado de hacer ver que por igualdad entendíamos nosotros el hacer a todos los hombres iguales entre sí. Pretendían acusar a los socialistas de esta necesidad, urdida por ellos mismos. Pero no sabían, dada su ignorancia, que los socialistas —y, concretamente los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels— dijeron que la igualdad es una frase vacía si por igualdad no se entiende la supresión de las clases. Nosotros queremos suprimir las clases y en ese sentido somos partidarios de la igualdad. Pero pretender convertir a todos los hombres en individuos iguales los unos a los otros no pasa por ser la más vacua de las frases y una necia cavilación de los intelectuales, que, a veces de buena fe hacen muecas y alinean palabras sin sentido ya se llamen escritores, sabios o qué se yo cuantas cosas más.

Y lo que nosotros decimos es que nos proponemos como meta la igualdad como supresión de las clases, pero para ello hará falta acabar también con la diferencia de clases entre el obrero y el campesino. Esa es precisamente nuestra meta. Una sociedad en la que se mantenga la diferencia de clases entre el obrero y el campesino no es una sociedad comunista ni una sociedad socialista. Claro está que, interpretando la palabra socialismo en cierto sentido, se la podría llamar socialista, pero esto sería pura casuística, una disputa sobre palabras. El socialismo es la primera fase del comunismo, pero no vale la pena discutir por palabras. Lo único evidente es que mientras se mantengan diferencias de clase entre el obrero y el campesino no podremos hablar de igualdad sin llevar agua al molino de la burguesía. Los campesinos son una clase de la época patriarcal, una clase educada en décadas y siglos de esclavitud, y a lo largo de todas estas décadas los campesinos existieron como **pequeños propietarios**, al principio sometidos a otras clases, más tarde formalmente libres e iguales, pero como **propietarios** y **poseedores de artículos de alimentación.**

Llegamos así a la cuestión que más que ninguna otra suscita los reproches de nuestros enemigos, la que sobre todo hace nacer dudas entre los inexpertos y poco reflexivos, la que más nos separa de quienes desean pasar por demócratas, por socialistas, y se sienten agraviados porque nosotros no los consideramos como lo uno ni como lo otro, sino que los llamamos partidarios de los capitalistas, tal vez por su ignorancia, pero partidarios de los capitalistas al fin.

La situación de los campesinos, por sus costumbres, sus condiciones de producción, sus condiciones de vida y su situación económica es de tal naturaleza, que el campesino es mitad trabajador y mitad especulador.

Esto es un hecho. Hecho que se mantendrá en pie mientras no se acabe con el dinero, mientras no se acabe con el intercambio. Ahora bien, para llegar a esto harán falta años y años de tenaz dominación del proletariado ya que solo éste es capaz de vencer a la burguesía.

. . . . . .

(el trabajo continúa).

Lenin 1919

Aclaración: lo aquí transcripto corresponde a páginas 344-353 del trabajo mencionado. (Tomo 29 de O. Completas).

SUMARIO

Introducción por Pablo L. Taboada 3

Sobre el Estado (conferencia pronunciada en la Universidad de Sverdlov, junio de 1919) 6

"Democracia" y dictadura (Pravda, 3 de enero de 1919) 14

Democracia burguesa y democracia proletaria (De "El renegado Kaustky") 17